ESCALOFRÍOS
TERROR

e

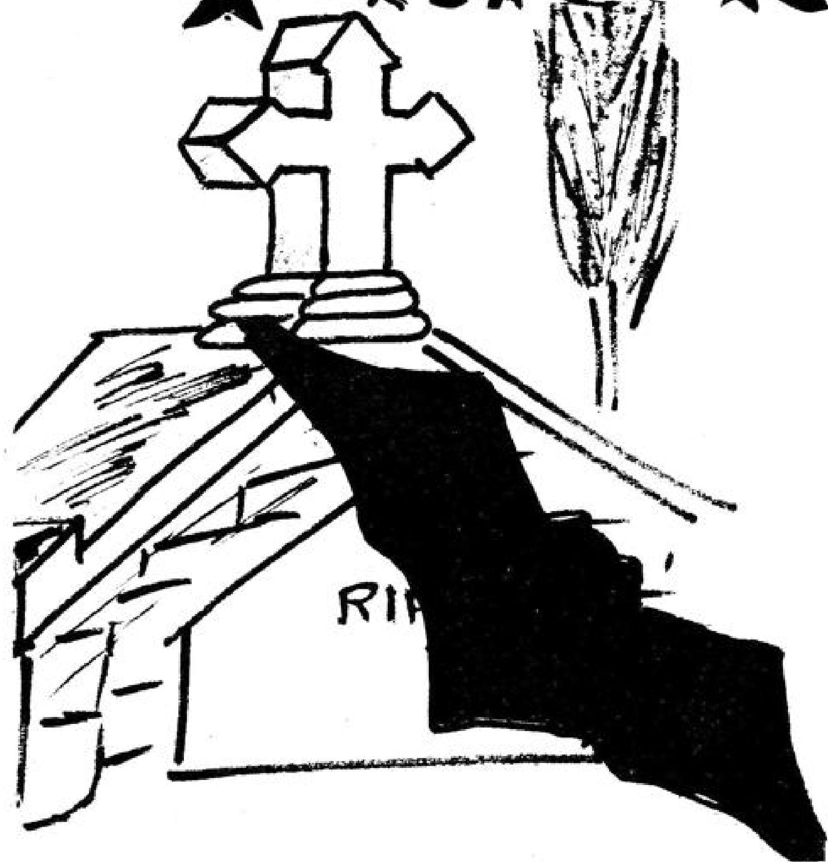
RALPH BARBY

6

PELIGROSO VIAJE ASTRAL



escalofríos de TERROR



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, es simple coincidencia.

RALPH BARBY

PELIGROSO VIAJE ASTRAL

colección
ESCALOFRÍOS TERROR Nº 6



Ediciones Olimpic S.L.
Apdº Correos, 9428
08080 - Barcelona

ISBN 84-7750-020-7

Depósito Legal: M. 29.690-1987

1ª edición Octubre 87

Fotomecánica LOSER S.A.
Puerto Príncipe, 24
08027 - Barcelona

Imprime FUTURA - GIESA

Distribuye: R.B.A.
Pol. Ind. Zona Franca
Sector B, Calle B, nº 11
08004 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Cómo te va en tu matrimonio?

A la pregunta de Lorena, Vanessa quedó pensativa. Se hallaban en la terraza de un bar. La tarde era agradable, finales de una primavera que se acercaba ya al verano.

Bebió un sorbo largo de gin-tonic y sin mirar a su amiga, respondió:

—Pues, francamente, no lo sé.

—¿Qué no lo sabes? Eso significa que no funciona.

—No, no he querido decir eso exactamente. Si fuera otra clase de mujer, te diría que todo va estupendamente, que André me quiere, que vive pendiente de mí, que me hace regalos, y todo eso es cierto. Otra, diría que no se entiende con su marido, que preferiría vivir sola, que se divorciará, y tampoco es eso exactamente.

—Vamos, que estás hecha un lío.

—Quizás —admitió Vanessa—, pero no quiero planteármelo.

—¿Prefieres cerrar los ojos a la realidad?

—Es que no sé exactamente cuál es la realidad. Para mí, la felicidad es paz, sensibilidad, sexualidad compensada y gozada por parte de ambos, pero para André es excitación constante, siempre quiere cosas nuevas y los amigos que frecuentamos, también. Odian el aburrimiento y para ellos, estar quietos contemplando una puesta de sol o pasar un rato en un parque, es tedioso. Siempre buscan diversiones apasionantes y distintas, quieren vivir a tumba abierta.

—Y tú tienes miedo de que André te acabe diciendo que eres una aburrida y que no estás a su altura.

—Quizás, y hasta he llegado a pensar que lo soy. Por eso, cuando salgo con André y los demás, aparento que me divierto, aunque en muchas ocasiones la diversión no me gusta.

—Pero, no tienes el valor de decírselo.

—Así es. Quiero a André y espero que se le pase esta excitación y entre en una normalidad. Quiero que salgamos, eso sí, pero más solos y también de viaje.

—Pero él no se lo pasa suficientemente bien contigo a solas.

—Lorena, pareces una psicóloga. ¿Qué quieres que te confiese?

—Nada, nada, no te estoy interrogando, simplemente que te veo muy confusa.

—Eso es cierto. André quiere marcha y a solas parece que no la consigue. Puede que resulte un poco aburrida para él.

—Pues déjalo.

—¿Me estás sugiriendo que me divorcie de él?

—Ya sé que solo hace un año que estáis casados, pero si no estás a gusto y antes de que él te deje a ti, abandónalo tú a él.

—Yo no estoy mal con André, pero tengo miedo de que él se llegue a aburrir conmigo a solas, por eso acepto ir adonde él dice. Si su vida es una vela, la hace arder por los dos extremos. Las amistades que tiene son más o menos como él y temo que me vean casi como una intrusa y que André se sienta molesto conmigo. La verdad, espero que poco a poco se vaya calmando y no exija vivir a tope, sumido en una permanente y excitante alucinación.

—De todos modos, tampoco puedes quejarte, también te divertirás.

—Ya te lo he dicho, no siempre —suspiró, volvió a tomar otro sorbo de gin-tonic y dijo—: Algún día cambiará, solo he de tener un poco de paciencia con él. Espero que no le cuentes a nadie lo que te he dicho.

—Claro que no, Vanessa, pero la verdad, me gustaría asistir a alguna de esas fiestas a las que te lleva André.

—Casi todo son parejas —replicó Vanessa poniéndose en pie, dispuesta a abandonar la terraza del bar.

—Has dicho “casi”. En alguna podría participar, no sería un estorbo y vería si son tan excitantes como cuentas.

—De acuerdo, Lorena. Cuando llegue el momento te llamaré por teléfono.

—No te fallaré.

Aquella tarde, Vanessa recibió en el apartamento una llamada de André. La joven, que se había puesto cómoda con un chándal rosa y mocasines de gamuza, descolgó el teléfono.

—Hola, André. ¿A qué hora vendrás?

—Tomaré algo en el snack, tengo una reunión de trabajo y tardaré algo en volver. Pásate por la *boutique* de. Antoinette y recoge un paquete que tendrán preparado para ti.

—¿Un paquete, qué es lo que has tramado para esta ocasión?

—Es ropa para mañana por la noche para ti y para mí.

—¿Ropa, algún vestido?

—Más o menos —respondió misterioso—. Se trata de una fiesta ritual, lo pasaremos muy bien. Hay que divertirse, esa es la consigna, ya lo sabes.

—¿De qué se trata esta vez?

—La verdad es que ni yo mismo lo sé, todo es idea de Blackgold, él lo prepara todo.

—André, no me gusta Blackgold.

—Tonterías, Blackgold es un hallazgo. Siempre tiene ideas nuevas y muchas son geniales. Otras no lo son tanto, pero qué le vamos a hacer.

—A mí no me gusta ese hombre, es maligno.

—Los que se divierten son los diablos, querida, no los ángeles.

Cuando pasó por la *boutique* de Antoinette le entregaron el paquete que en el comercio de ropa no pudo abrir. Se lo llevó en su pequeño coche y a

solas en su apartamento, se lo quedó mirando con fijeza. Después, tomó unas tijeras y se decidió a abrirlo.

No tardó en descubrir dos sayos rojos con capucha y unos antifaces de lamé negro y brillante que habrían de cubrir todo el rostro.

Vanessa se puso el sayo que le correspondía por la talla, pues el otro era mucho mayor. Se encaró con el espejo, mirándose de un lado y de otro y no le pareció mal. Después se puso la máscara y cubrió su cabeza con la capucha.

—Estás magnífica, querida —le dijo André sorprendiéndola, pues acababa de entrar sigilosamente en el apartamento.

Sin quitarse la careta negra, Vanessa preguntó:

—¿Se trata de un baile de disfraces?

—Más o menos, pero debajo del sayo no hay que llevar nada.

—¿Nada, desnuda bajo el sayo?

—Ajá, y yo también.

—¿Por qué?

—Porque si se hace sin ropa es más, no sé cómo explicártelo, es más excitante, más real. Hay que hacer estas cosas con convencimiento o no funcionan.

Vanessa comprendió que no conseguiría hacer desistir a André, que tendría que acudir con él a lo que parecía iba a ser una fiesta de disfraces aunque no fuera tiempo de carnaval.

—André, ¿por qué no somos felices solos y juntos los dos? No nos hace falta nadie más.

Besó a su joven marido en los labios, se abrazó a él, le desabrochó la camisa y paseó sus labios por el pecho masculino.

—Vamos, vamos, déjalo para mañana —pedía él, muy poco entregado al juego amoroso.

Minutos más tarde, Vanessa se sentía frustrada en la cama. Ambos estaban desnudos, pero separados el uno del otro.

—No tenías que haber empezado el juego, no era el momento, ya te lo he dicho —se disculpó André.

—Creo que deberías visitar a un psicosexólogo.

André suspiró largamente, como para demostrar que tenía mucha paciencia con ella.

—Dejémoslo estar. Ya sabes que para excitarme necesito estímulos fuertes.

La mujer se sentó delante de él mostrándole abiertamente toda su desnudez, sus peculiaridades físicas femeninas.

—¿Es que no soy suficiente para estimularte? —preguntó, dolida.

—Claro que sí, querida, pero...

—¿Pero qué? —inquirió frustrada, al borde del llanto.

—Bueno, siempre he tenido problemas. Ya sabes que después de una salida con los amigos estoy mejor, mucho mejor, entonces no sufro de

impotencia.

—¿Y a tus amigos les sucede lo mismo?

—Pues, no lo sé. Deja de atormentarme. Yo busco que lo pasemos lo mejor posible y que tengamos una buena relación matrimonial. Que para conseguirlo haya que salir a divertirnos, no es nada malo, es como una terapia.

—André, hemos de regularizar nuestra situación o tendremos que separarnos.

—No, Vanessa, no, dame un poco de tiempo.

—¿Tiempo, hasta cuándo?

—No sé, seis meses, por ejemplo.

—¿Quieres decir que dentro de seis meses, si nos encontramos como ahora, serás capaz de hacer lo que otro hombre haría en tu lugar?

—Sí, seguro que sí. No me estarás exigiendo que tome drogas para estimularme, ¿verdad?

—No, claro que no. Las drogas, más tarde o más temprano, conducen a la impotencia, aunque tú ya tienes demasiados signos de eso, si no mírate tu querido sexo.

—¡Basta! —gritó inclinando la cabeza, humillado.

Vanessa abandonó la cama, se cubrió con una bata y salió de la alcoba para irse a la habitación pequeña donde tenía pensado instalar a su futuro hijo, un hijo que no parecía que pudiera llegar.

Era viernes, acababa de anochecer.

André ya tenía el coche listo y aguardaba en él a que Vanessa se sentara a su lado. La bolsa con los sayos y las máscaras estaba dispuesta.

Desde la noche anterior no se habían vuelto a hablar. André temía que ella, al final, no se presentara, pero sí lo hizo, aunque seria. Entró en el coche y se acomodó a su lado sin decir nada. André puso el vehículo en marcha y los faros iluminaron el asfalto mientras se alejaban del apartamento.

—Anda, alegra esa cara.

—Detente un momento en la esquina de Saint Jacques.

—¿Por qué?

—Yo no te hago tantas preguntas —replicó casi sombría.

André obedeció. Allí aguardaba Lorena con una bolsa en la mano.

—Hola —saludó, y entró en el coche sentándose en la parte de atrás.

André miró interrogante a Vanessa y esta explicó:

—Lorena desea participar en una de nuestras divertidísimas fiestas. Ya lleva consigo el uniforme, le he explicado como tenía que ser.

¿Verdad, Lorena?

—Oh, sí, antifaz grande de lamé negro y sayo rojo con capucha. ¿Es un baile de disfraces?

—No lo sé, que te lo diga André.

—Yo tampoco lo sé —dijo André—. Es una sorpresa, parte de la

diversión.

El punto de concentración era una explanada en un cruce de carreteras y allí se encontraron doce automóviles. Como contraseña, todos ellos llevaban un adhesivo fosforescente pegado al cristal trasero. Un hombre y una mujer, en la penumbra, pues todos los automóviles tenían sus luces apagadas, se acercaron al coche de André y este bajó el cristal.

—Hola, ¿todo bien? —preguntó el hombre que se les acercó.

—Sí —respondió André—. ¿Adónde vamos?

—Pronto lo veréis. Tenéis cinco minutos para cambiaros, hay que vestirse con el sayo. Luego, en caravana, proseguiremos camino.

—Bueno, ya lo habéis oído —dijo André a las dos mujeres.

Lorena preguntó:

—¿Hay que desnudarse ahora?

—Sí, es parte de las reglas del juego, dicen que si no, no es excitante.

—Pues, muy bien —aceptó Lorena.

Se desnudaron rápidamente para después colocarse el sayo de lana roja y los antifaces careta de lamé negro. Los coches se pusieron en marcha. Uno de ellos se colocó a la cabeza para guiar a los demás y a una velocidad moderada, los condujo por una carretera estrecha.

Cruzaron un pequeño pueblo y a unos dos kilómetros del mismo, se desviaron por un camino de tierra hasta llegar frente a unos muros carcomidos por los elementos y el paso del tiempo.

—Eso es un cementerio —observó Vanessa.

—Sí, eso parece —admitió André.

—¿La fiesta es en un cementerio? —preguntó Lorena preocupada.

Con sarcasmo, Vanessa rezongó:

—Un cementerio siempre puede ser muy excitante.

—Vamos, no digas tonterías y salgamos —pidió André—. Seguro que Blackgold nos ha preparado algo bueno.

Las figuras vestidas con los sayos rojos y Los rostros ocultos, fueron saliendo de la docena de coches que habían estacionado frente al muro del cementerio.

Las verjas se abrieron y los visitantes de la noche entraron en la ciudad de los muertos.

CAPÍTULO II

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Lorena en voz baja a Vanessa que caminaba a su lado.

—No lo sé.

—¿Lo sabe André?

—No creo, es una sorpresa para todos.

—Es excitante —opinó Lorena.

—Creí que estabas en contra de todo este que tanto le gusta a André.

—Bueno, es que no había asistido a nada parecido todavía.

—Sssss —pidió silencio uno de los concurrentes que vestía igualmente el sayo rojo y la careta cubriendo su rostro.

No había diferencia entre hombres y mujeres, aparte de las formas que pudieran notarse pese al sayo, anchura de hombros, estatura, amplitud de caderas o abultamiento de senos.

Se fueron reuniendo en un ángulo del pequeño cementerio de tumbas olvidadas.

La luna, en un hermoso plenilunio, semejaba clavada en la cúspide de uno de los cipreses del pequeño pueblo de muertos.

De noche no se apreciaba la antigüedad de muchas de las tumbas. En algunas de ellas, la lluvia, durante siglos, había borrado las letras cinceladas en el granito.

Las dos docenas de asistentes fueron tomando posiciones en torno a una de las sepulturas.

—¡Queridos hermanos!

Todos miraron hacia el único personaje que no llevaba el sayo rojo sino negro y un antifaz dorado cubriéndole el rostro.

Comenzó a oírse un fondo musical que podía tildarse de quejumbroso, como coros lejanos rescatados de secretos monasterios medievales.

Se encendieron dos focos rojos cuyos haces de luz convergieron en la tumba y así todo adquiría un aire fantasmagórico, el ambiente se estaba consiguiendo.

Vanessa sintió frío, y no se debía a que la noche fuera fría.

Pensó que aquel Blackgold, llegado de no se sabía dónde, después de haber pasado por Australia, la India y América, sabía conseguir los ambientes adecuados para divertir a aquel grupo de parejas que deseaban vivir en permanente excitación, parejas que odiaban a muerte el aburrimiento.

—Nos hallamos aquí reunidos en torno a una tumba, la sepultura del que hace tiempo, mucho tiempo, fue un brujo tan poderoso que no consiguieron quemarlo en un auto de fe. Tenía tanto poder que murió ya

viejo, envenenado por su décima mujer, una joven de dieciocho años que se había casado con él pese a los ochenta años del brujo que era un terrateniente de gran poder y era tenido en cuenta hasta por los abades de los monasterios que se levantaban en muchas leguas a la redonda. Nadie se atrevió a darle sepultura fuera de la tierra sagrada de un cementerio cristiano. Prefirieron enterrarle porque temían que su venganza pudiera llegarles desde el más allá de la muerte. Su jovencísima esposa, que había sido empujada por sus familiares a cometer su crimen, fue luego acusada de brujería y quemada para gran sorpresa suya, mientras que él era sepultado discretamente en este cementerio. La asesina del gran brujo fue ejecutada, y nosotros estamos aquí ahora para hacer justicia, para que lo que no se hizo en su momento se haga ahora. El tiempo no importa. ¿Qué es el tiempo para un brujo de gran poder? ¡Yo os lo diré, hermanos, nada, nada! —gritaba con su voz poderosa.

—Es emocionante —cuchicheó Lorena junto a Vanessa.

—No me gusta nada, esto va a ser una ceremonia macabra.

—¿Qué pasará luego? —quiso saber Lorena, siempre impaciente.

—No lo sé, puede que pida a algunos que hagan el amor.

—¿A quién?

—No se sabe, como tampoco nadie sabe quién está detrás del antifaz, aparte del suyo. Todo puede ocurrir.

—¿Y si me señalan a mí? Yo no conozco a nadie.

—Pues, es posible que no sepas nunca quién te ha hecho el amor, por eso vas desnuda bajo el sayo.

—Esto me huele a orgía.

—Ssssss —pidió alguien.

—Ahora, hermanos, los varones os aproximaréis a la lápida. Tenéis palancas de acero, levantad la lápida y deslizadla hacia los pies dejando libre la sepultura.

Los hombres, vestidos de manera que semejaban frailes demoníacos, introdujeron las palancas en los resquicios para levantar la pesada lápida. Después, comenzaron a deslizaría dejando libre el hueco de la sepultura, pues era una tumba hueca hundida en la tierra con paredes de granito.

Depositado en el fondo estaba el ataúd que se aislaba del piso de la sepultura gracias a dos piedras que actuaban de asiento.

Los focos rojos, el plenilunio presidiendo aquella ceremonia macabra, los sayos rojos y los antifaces negro brillantes, anulaban el sentido del tiempo.

Uno de los concurrentes descendió al interior de la tumba mediante una escalera desenrolladle. Arrojaron al fondo dos gruesas cuerdas de cáñamo que aquel individuo pasó por debajo del ataúd mientras sonaba la lúgubre música de coros que cantaban algo ininteligible.

El individuo subió por la escalerilla de cable llevando consigo los dos cabos de cuerda que acababa de pasar por debajo del féretro y al llegar a lo

alto, los entregó a otros compañeros en aquella macabra ceremonia.

Las cuerdas se tensaron y quienes las sujetaban miraron a Blackgold.

—Hermanos, subid el ataúd. Ya es hora de que sea iluminado por la luz de la justicia.

Comenzaron a tirar de las cuerdas. El ataúd, con mil gruñidos, fue ascendiendo desde el fondo de la sepultura.

Cuando el féretro fue alzado por encima del nivel de la tumba en la que permaneciera depositado durante siglos, otros falsos monjes cruzaron unos maderos por debajo del ataúd y encima del hueco de la fosa.

El ataúd quedó apoyado en las maderas, justo sobre la fosa pero encima de ella.

La caja, en vez de cruz, tenía una especie de escudo de bronce en el que destacaba la cabeza de un gato con dos pupilas verticales que debían ser de algún mineral semiprecioso muy brillante.

Blackgold, tomando uno de los cortafríos y un mazo, arremetió contra el cierre del ataúd. Lo abrió y pudieron levantar y sacar la tapa. Los focos rojos iluminaron el interior mientras el volumen de los coros aumentaba.

Vanessa sintió un escalofrío que la hizo estremecer. Lorena, a su lado, la agarró por el brazo nerviosamente.

Los restos humanos eran una momia cubierta por un vestido largo que podía parecer un sayo, pero no lo era, se trataba de una indumentaria de más valor que el tiempo había deteriorado.

Quedaban restos de largos cabellos y de piel pegada a los huesos de la calavera, las cuencas vacías y un hueco en la fosa nasal. La boca entreabierta conservaba los dientes grandes, amenazantes, y semejaba mantener una sonrisa sarcástica para la eternidad.

Aquella extraña fiesta de plenilunio en la que se exhumaba el cadáver de alguien muerte hacía siglos, iba a ser más macabra aún, y así lo esperaban todos.

Tenían que entrar en una gran excitación individual y colectiva. Necesitaban sentir sus cuerpos desnudos bajo los sayos rojos, tenían que saberse impunes en el anonimato que proporcionaban los antifaces oscuros cuando comenzaran a moverse de un lado a otro, cuando Blackgold les pidiera que danzaran en torno al féretro en el que yacía el cadáver momificado de alguien que se aseguraba había sido un mago, pero del que nadie sabía nada, pues todo podía estar preparado por el propio Blackgold para montar un espectáculo lleno de falsedades sobre una historia que quizás no había ocurrido como él la contaba.

Blackgold debía haber trabajado en algún espectáculo circense porque sabía actuar y moverse. A eso añadía grandes conocimientos sobre ritos orientales y sudamericanos, lo que le permitía mantener la atención de quienes le rodeaban.

Para aquel grupo de empresarios y ejecutivos de élite, Blackgold había sido un gran hallazgo y, en consecuencia, se le mimaba y se le pagaba bien,

aunque no se buscaba su compañía en lugares públicos donde pudieran ser fotografiados por los muchachos de la prensa o la televisión.

Blackgold se hizo con un ánfora de barro que tendría cinco o seis litros de capacidad. Parecía muy antigua.

Todos los ojos que miraban a través de los antifaces seguían atentos los movimientos de Blackgold, el sumo sacerdote de la macabra ceremonia.

Mientras Blackgold iba vertiendo el líquido del ánfora sobre la momia del supuesto mago, Lorena preguntó:

—¿Qué ocurrirá luego cuando dancemos? Si alguien me seduce, ¿sabré alguna vez quién ha sido?

Lorena, lo mismo que Vanessa y cuantos allí asistían, sabían que la impunidad era la defensa que les protegía.

Sus deseos consumados, fuesen los que fueren, no serían flagelados por ninguna moral pública. Ningún dedo acusador les apuntaría implacablemente.

Blackgold vertió todo el contenido del ánfora sobre la momia, empapándola con lo que podía ser una mezcla de aceite y otros líquidos disolventes. Olía a aroma de hierbas recogidas en solsticio de verano.

Rompió el ánfora ya vacía, arrojándola al suelo. Después se apartó mientras seguía sonando la extraña y lúgubre música que rompía el silencio.

Como un faquir de circo, Blackgold vertió un líquido en su boca después de encender una bola de algodón que sostenía en la punta de un cimbreante alambre.

Escupió el líquido que retenía en la boca al tiempo que acercaba rápidamente el algodón encendido, y pareció que el fuego brotara de la boca de Blackgold y cruzara el aire, entrando dentro del ataúd que contenía la momia de Jean Paul Labadia.

El contenido del féretro se inflamó. El fuego envolvió a la momia y las llamas alcanzaron una altura considerable.

Se produjo una exclamación general de sorpresa y excitación. Bocas y ojos se agrandaban mientras, instintivamente, todos se apartaban del fuego que abrasaba a la momia.

Vanessa sintió miedo y la excitación de Lorena aumentó.

Inconscientemente, se llevó las manos para cogerse el bajo vientre y se estremeció dejando escapar por su garganta extraños chillidos.

Vanessa tragó saliva con dificultad. Creyó oír una especie de queja lúgubre, quizás tenía algo de ronquido y parecía brotar del interior del ataúd en llamas. Era como si la momia se quejase de dolor.

—¡No fuiste quemado en vida, pero te llegó el momento de la justicia y vas a ser reducido a cenizas! —gritaba Blackgold con su voz ronca y poderosa.

Bruscamente, la momia se alzó, como sentándose dentro del féretro, lo que hizo chillar de espanto y excitación a las mujeres mientras el fuego

envolvía aquellos despojos humanos que por unos momentos semejaban cobrar vida antes de que el fuego los consumiera.

—¡Es la ceremonia de la purificación! —gritaba Blackgold como un poseso.

De pronto, por encima de los gritos de Blackgold que actuaba como sumo sacerdote de la macabra ceremonia en la que se estaba quemando a una momia bajo la acusación de supuesta brujería, se escuchó un disparo y uno de los focos que ayudaban a proporcionar más fantasmagoría al ambiente, saltó hecho pedazos. Otro disparo que surgió por encima de uno de los muros apagó el segundo foco mientras la momia seguía envuelta en llamas, consumiéndose.

—¡Hay que escapar de aquí, las furias del averno nos atacan! —chilló Blackgold.

Hubo nuevos disparos y se escucharon gritos de dolor.

Todos se asustaron ante aquel ataque a tiros. Blackgold fue el primero en llegar a la puerta del cementerio mientras los demás corrían entre las tumbas, protegiéndose de los disparos que tronaban en la noche mientras la música seguía sonando y las llamas que envolvían a la momia menguaban.

El ataúd se deshizo, cayendo a pedazos de nuevo al interior de la fosa sobre la cual se hallaba.

La desbandada fue total.

Nadie estaba armado para repeler la agresión que se les venía encima en forma de disparos de escopeta. Además, existía el agravante de que todos se sentían culpables por estar allí y haber roto la paz de un cementerio con una ceremonia tan macabra como horrible. Ninguno de los presentes quería ser detenido ni identificado públicamente, apareciendo su nombre y su fotografía en los periódicos y en la televisión identificándole como participante en la repugnante ceremonia del cementerio.

Vanessa corrió como todos, escudándose entre las tumbas de los disparos mientras algunos gritaban de dolor por haber sido alcanzados.

Los primeros automóviles fueron puestos en marcha para escapar del cementerio que se había vuelto demasiado inseguro para su integridad física y social, pues podían ir a parar a la cárcel por lo que habían hecho.

Vanessa había esperado sensaciones desagradables en aquella reunión nocturna, pero lo que estaba sucediendo, ya era demasiado.

De pronto, la oscuridad se abrió ante ella y se precipitó al fondo de una fosa que estaba abierta.

La alocada fuga, los disparos y la maldita música que continuaba sonando, la aturdieron lo suficiente para no darse cuenta de por dónde corría en busca de la salida.

Se golpeó fuertemente la cabeza y la negritud invadió su mente. Dejó de oír la música y los gritos de dolor con los disparos de fondo. El cementerio, como castigo, se la había tragado.

CAPÍTULO III

Vestida únicamente con el sayo rojo, Vanessa corría por grutas infernales con la seguridad de ser perseguida por un ser maléfico ansioso de castigarla.

Por una de las tenebrosas galerías fue a dar a una sala donde ardía un ataúd y dentro de él, sentada, estaba la momia del brujo Labadia que la miraba con reproche. De súbito, la momia quedaba envuelta en llamas y gritaba, gritaba hasta hacerla enloquecer.

Horrorizada, Vanessa vio que la momia del brujo se alzaba del ataúd y con su aspecto macabro y siempre envuelto en llamas, comenzó a avanzar hacia ella.

Aterrada, intentó retroceder por la galería por la que llegara hasta aquel maldito lugar, pero la galería se había cerrado, todo era pared rocosa, no había ningún hueco por dónde filtrarse y escapar.

La momia del brujo, envuelta en llamas, seguía avanzando hacia ella tendiendo sus brazos y con sus dedos de esqueleto trataba de cogerla.

—¡Noooo! —gritó Vanessa.

Corrió junto a la pared buscando una salida por la que escapar, pero no la había, y la momia en llamas la acorralaba hasta un rincón donde ya no podía escapar de las manos del brujo muerto hacía siglos.

—¡Nooo, nooo! —gritaba, viendo que iba a ser abrasada por la momia envuelta en llamas.

Las manos se posaron sobre sus hombros dispuestas a sujetarla. Desesperadamente, Vanessa sacudió la cabeza. De pronto, descubrió que no había fuego y que el supuesto brujo era un hombre joven y atractivo que la miraba con actitud de reproche.

—¿Mejor ya? —preguntó el desconocido con su voz grave pero bien timbrada, muy masculina.

—¿Quién, quién es usted? —preguntó, recelosa y asustada.

—¿No te parece que eres tú quien debe decir quién es?

Vanessa miró en derredor. Se hallaba en una sala confortable, propia de un domicilio privado, tendida sobre un sofá.

Podía ver toda una pared llena de libros colocados ordenadamente en estantes. Había también un piano, un televisor y algunos muebles menores, pero sobre todo destacaba aquel hombre de cabello y ojos oscuros, un hombre joven pero que se notaba maduro, de fuerte mentón y labios firmes, hombros anchos y manos seguras.

—¿Dónde estoy?

—En mi casa —respondió él. Permanecía sentado en una butaca frente a ella, como cortándole una posible fuga.

Vanessa fue consciente entonces de que la única ropa que la cubría era la tela roja del sayo.

La mirada intensa de aquel hombre la hizo sentirse más desnuda, pero agradablemente desnuda, y tuvo miedo de que sus sensaciones pudieran asomar a sus ojos y él las descubriera.

—¿Su casa? No es mucho decir, porque no sé quién es.

—Será mejor que hagas memoria. Fuiste al cementerio a participar en una ceremonia macabra, profanasteis una tumba.

—Yo no, yo no...

—Tú estabas allí con los demás, celebrando una especie de aquelarre que solo había hecho que empezar. Profanasteis una tumba y luego, quemasteis unos despojos humanos.

—¿Tú también estabas allí? Me refiero a si eras uno de nosotros.

—No. Yo jamás participaría en una aberración satánica semejante.

—No era culto a Satanás, se trataba de una diversión —trató de excusarse Vanessa.

—Vaya diversión, sacar a alguien de su tumba para luego quemarlo... Eso es un delito, ¿lo sabías?

—Yo, yo no sabía a qué iba. ¿Dónde están los demás?

—No lo sé, tú podrías decírmelo, huyeron como ratones de campo.

—Ahora recuerdo, hubo tiros.

—Sí, así fue, hubo disparos, los hice yo.

—¿Tú? ¿Mataste a alguien? —preguntó asustada.

—No, no soy ningún asesino. Llevaba una escopeta de caza, una escopeta moderna que dispara por repetición mediante el vaciado de la recámara con uña extractora. Bueno, no creo que sepas cómo funciona eso, solo quería decirte que hice dos disparos con perdigones de grueso calibre para cazar jabalíes. Destrocé los focos rojos que iluminaban vuestra misa negra y los demás cartuchos que fui disparando estaban cargados de sal.

—¿Sal?

—Sí, sal, se emplea para escarmentar a los ladronzuelos de los cultivos y gallineros. La sal no mata ni causa heridas graves, pero quien recibe un disparo de sal en las nalgas o en la espalda, tiene diversión para unos cuantos días claro que cuando hice los disparos en la oscuridad, nadie sabía que eran disparos de sal, por eso todos huisteis como conejos. Pero tú tuviste mala suerte y caíste en una fosa abierta, fue como una trampa para ti. Temí que te hubieras roto algún hueso, pero parece que solo recibiste unos golpes en la cabeza.

—¿Y los demás? —preguntó dubitativa, como un animal atrapado.

—Podías haberte matado y los tuyos te abandonaron.

—No debieron ver nada. De noche y con los tiros...

—Si lo que quieres es engañarte a ti misma, ese es tu problema. Algún tipo de los que allí estaban sería tu pareja.

—Ya que estoy bien, será mejor que me vaya.

—Despacio. ¿Sabes que puedes ser enjuiciada por lo que ocurrió en el cementerio?

—No, no sé nada. A mí me llevaron y no sabía a qué iba.

—¿Y este uniforme de fraile y la máscara? Le mostró el antifaz que le había quitado del rostro mientras Vanessa permanecía inconsciente.

—Está bien, denúnciame si eso es lo que deseas.

—Vi los coches, eran todos caros, sois gente “bien”. No os conviene salir en los periódicos, revistas y televisión por lo que habéis hecho en el cementerio. Por cierto, ¿tú eres de esa gente “bien” o una chica contratada para subir de tono la orgía?

—¿Qué crees tú que soy?

—No lo sé, no he hablado contigo lo bastante para conocer tus refinamientos culturales, pero me inclino a suponer que estabas en el cementerio en busca de diversión.

—¿Siempre estás tan seguro de ti?

El hombre no quiso responder a aquella pregunta. Se puso en pie y se quitó la camisa mostrando un torso fuerte y atlético. Encarado con Vanessa que seguía en el sofá, soltó la hebilla de su cinturón y bajó la cremallera de sus pantalones.

—No te haré más preguntas, pero si buscabas diversión, te la voy a proporcionar enseguida.

Vanessa tragó saliva. ¿Qué podía hacer para escapar? La figura varonil, fuerte y poderosamente atractiva, se interponía entre su persona y el camino hacia la salida de la sala.

—No te atreverás —le dijo con una voz que salió ronca por entre sus labios que se le tensaron como si su cuerpo comenzara a tener fiebre.

—Si participabas en la orgía del cementerio no creo que tengas demasiados tabúes.

—No puedes hacerme esto, no puedes, es contra mi voluntad —protestó la joven que seguí tumbada en el sofá, incapaz de escapar de él como si la hubieran sujetado con correas indestructibles.

El desconocido, ya libre de sus ropas, se arrodilló junto al sofá.

Se inclinó sobre la mujer y buscó su boca con los labios. Vanessa trató de esquivarlo, pero había en él mucho más que una simple fuerza física. Para ella tenía un atractivo animal El tacto de su piel desnuda, el suave olor a hombre que sabía cuidarse, la dureza de sus músculos, la fuerza que transpiraba cada uno de sus poros.

—Déjame, déjame —suplicó sin fuerza, sin convicción.

Sus ojos entraban en una fase febril, ya no veían con claridad mientras notaba que las manos fuertes palpaban suavemente sus pechos que se excitaban. Sentía el despertar de sus pezones que se erguían ansiosos.

André la había llevado a una fiesta macabra que podía desembocar en orgía. No podía sentirse culpable de lo que le estaba ocurriendo.

Sintió que todo su cuerpo cedía, que ansiaba desesperadamente aquel

amor inesperado, aquella fuerza que André no demostraba poseer.

Aquel desconocido no necesitaba participar en ninguna orgía macabra para hacer el amor a una mujer.

* * *

Era de noche aún, la amanecida estaba cerca.

El coche, un deportivo de neumáticos anchos, rodaba veloz sobre el asfalto. Los faros buscaban la entrada de la ciudad. Los dos viajaban en silencio mientras una cassette dejaba escapar una música melancólica que llenaba el vehículo.

Vanessa estaba seria y sus ojos, de cuando en cuando, buscaban el perfil bien trazado del hombre que la había hecho estremecerse y retorcerse en el acto amoroso hasta conseguir el orgasmo más intenso y vibrante jamás sentido, una oleada de sensaciones en las que ni siquiera había llegado a pensar nunca.

¿Qué le había sucedido? ¿Había sido violada o quizás seducida? Porque no podía decir que ella se hubiera resistido, no habría sido honesto por su parte.

Rodaron entre los edificios de la ciudad, circulando por las calles de la metrópoli hasta que él detuvo el coche en la esquina de la plaza junto a la cual vivía la joven, en un barrio elegante de la ciudad.

—No te he denunciado, no te he preguntado quién eres, no te buscaré, pero...

Tomó del salpicadero un rotulador fino. Levantó la falda del sayo que cubría a Vanessa sin que esta opusiera resistencia alguna y sobre la piel tersa del muslo escribió:

“Jean Paul” y luego, unos números.

—¿Qué has hecho?

—Cuando lo necesites, llámame. Me gustas mucho. Hacer el amor contigo es algo muy grande, ninguna otra mujer me ha hecho sentir lo que tú. Ha sido como meter la cabeza en el sol, como apresar la luna con las manos, como oler todas las flores del mundo al mismo tiempo. No me importaría morir mientras te hago el amor, pero no te voy a buscar. No quiero que te sientas coaccionada. Eres libre, si es que tú eres capaz de olvidar lo que has sentido.

Sin decir nada, Vanessa abrió la portezuela del coche y se apeó. Vestida de aquella manera, como si regresara de un baile de disfraces, se alejó.

Al llegar a la esquina se volvió para mirar el coche que seguía estacionado. Gracias a la luz de una farola, pudo ver a Jean Paul que la seguía con aquella mirada profunda, penetrante, avasalladora, una mirada capaz de demoler cualquier resistencia que se le opusiera.

Se alejó rápida, deseando y a la vez temiendo llegar a su apartamento.

CAPÍTULO IV

Se abrió la puerta de la alcoba casi con violencia y se encendió la luz. Para Vanessa fue como un fogonazo cegador pese a tener los ojos cerrados.

—Ah, al fin estás aquí... —casi gritó André.

—Déjame dormir.

—¿Dónde estuviste?

—Déjame dormir, tengo mucho sueño.

André se sentó en el borde de la cama.

—Vamos, dime dónde estuviste —insistió.

—Perdida, por poco me mato. Caí dentro de una fosa. ¿Cómo te marchaste abandonándome allí?

André tuvo que enfrentarse a la reacción acusadora de su mujer.

—Todos nos marchamos aprisa, nos perseguían a tiros, debían ser los vecinos de aquel maldito pueblo.

—Eso es, a tiros, y si a mí me habían dado, que me pudriera. ¿No es eso?

—Hubo heridos, ¿lo sabes?

—Sí, de tiros de sal.

—Ah, ¿ya lo sabes?

—Claro.

—¿Quién te lo ha contado?

—Vete al carajo, André.

—Tranquilicémonos. ¿Te cogieron?

—Si temes que tu nombre salga en los periódicos, estate tranquilo, no me capturaron. Me recuperé, estuve escondida y luego he regresado haciendo autostop. ¿Satisfecho?

André suspiró ostensiblemente.

—Menos mal. Varios me han preguntado por ti, todos temían que pudieras hablar.

—Tranquilo, nadie ha hablado. ¿Cómo están los heridos?

—Ha habido tres, nada grave, pero están en la cama reponiéndose.

—¿Y qué dice Blackgold?

—Blackgold vendrá a vernos, quiere hablar contigo.

—Pues yo no quiero hablar con él, que se vaya al infierno.

—Él no tiene la culpa de lo que ocurrió, todo iba bien y era muy divertido, pero aparecieron esos campesinos con sus escopetas cargadas con sal que nos fastidiaron. Menos mal que no hubo detenidos y no se va a acusar a ninguno de nosotros.

—¿No querías excitación? —casi le gritó Vanessa.

—Sí, pero sin que estropee mi vida profesional. Todos los que

participamos somos importantes ejecutivos de empresa o empresarios jóvenes, somos gente conocida y dentro de unos años, quién sabe, quizás dirijamos los destinos de la nación.

—Si eso ocurre, yo me iré a otro país.

—No seas tan irónica, yo lo hago todo para que seamos más felices los dos.

—¿Más felices, y te olvidaste de mí en tu cobarde huida?

—Lorena subió al coche y la confundí contigo, como no habló y vestía sayo y antifaz, la verdad, creí que eras tú. Cuando la dejé en su casa, vine aquí y me vestí. Llamé a los demás por si tenían noticias tuyas y luego he regresado a ese maldito pueblo. Me he acercado al cementerio y te he llamado, pero no estabas por ninguna parte.

—Pasarías a mucha velocidad para que no te descubrieran.

—No se trata de una broma, Vanessa, nos jugamos mucho.

—Sí, nos jugamos la felicidad. Déjame sola, André, déjame sola —exigió mientras aplastaba la cara contra la almohada y comenzaba a sollozar.

André suspiró, asintió con la cabeza y abandonó la alcoba cerrando la luz.

* * *

La música, con un martilleante sonido de batería, se introducía por todos los poros de los que se hallaban en la discoteca “Papillon Rouge”.

A partir de las diez de la noche, la entrada en aquel local no era nada fácil. Un tipo, con ojos de zorro y cabello rubio y liso, seleccionaba a los clientes. Si a él le parecía que no tenían el aspecto apropiado, se les negaba la entrada. Por otra parte, también estaba la selección económica y los precios en el “Papillon Rouge” eran altos.

Ejecutivos jóvenes y no tan jóvenes, empresarios, financieros y hombres de la política, se encontraban allí a su gusto, pero lo que no había allí era mujeres profesionales del amor.

Las mujeres que acudían a “Papillon Rouge” en las horas nocturnas, eran tan independientes y liberadas como los hombres que lo frecuentaban, pero no se las tomaba por prostitutas.

En aquella discoteca, ellas “ligaban” lo mismo que los hombres y no eran objeto de comercio ni estaban obligadas a nada, pues pagaban los mismos altos precios que ellos. Si el seleccionador de la entrada detectaba en una de aquellas mujeres a una profesional del amor, la rechazaba de inmediato.

Blackgold estaba materialmente encajado en una butaca situada en un rincón de paredes tapizadas en terciopelo granate. Había poca luz donde él estaba y delante, una mesa redonda.

Cerca había dos hombres y una mujer que parecían esperar sus

palabras. Blackgold era alto y flaco, de manos grandes y nudosas. Llevaba ancha perilla, tenía los ojos almendrados y extraordinariamente juntos y una cabeza totalmente calva y aceitada.

Blackgold cuidaba su imagen, mantenía su rol de medio gurú medio animador.

—No volverá a ocurrir lo que pasó en el cementerio —aseguró con su habitual voz ronca. Alargó la mano y asió el vaso largo de *whisky* con hielo, llevándoselo a los labios.

—Con lo fenómeno que lo estábamos pasando —se lamentó la mujer antes de cerrar sus labios en torno a un cigarrillo largo, emboquillado y serie light.

—Aparecieron los defensores de las tradiciones populares disparando sus escopetas. Si en aquellos momentos hubiéramos sabido que nos disparaban sal en vez de plomo, podríamos haberles dado una lección —dijo Blackgold.

—La sal también hace daño —observó uno de los hombres.

La mujer puntualizó:

—Si la sal te da en la cara, te deja ciego.

En aquel momento se acercó André, acompañado de Michel y Georges. Se sentaron, engrosando el grupo en torno a Blackgold. Este, al observar que los recién llegados no sonreían precisamente, les dijo:

—Estábamos comentando que de no haber aparecido los tipos del pueblo disparando sus escopetas, todo habría salido bien, lo tenía perfectamente planeado y habría sido una orgía recordable; claro que tampoco hay que preocuparse demasiado, estoy preparando algo mejor, insuperable, y esta vez no nos molestará nadie. En la próxima fiesta tendremos dos vigilantes, dos guardaespaldas profesionales que estarán listos para actuar si alguien aparece con ganas de estropearnos la fiesta.

—Más te vale, Blackgold —rezongó André—. El fin de fiesta no gustó, tuvimos demasiados problemas, unos más que otros. Yo fui de los que más.

—Tú no resultaste herido por la sal —puntualizó Blackgold.

—Mi mujer tuvo un percance, ya está bien pero pudo ser grave.

—No se repetirá —aseguró Blackgold, contundente.

—Por esta vez se ha aceptado pagar tu precio que es muy alto.

—La diversión que yo ofrezco, no la vais a encontrar en ningún local. A vosotros ya no os divierte pasar la noche en el “Lido”, el “Follies” u otros locales semejantes que ya son para turistas. Vosotros queréis algo especial y yo os lo proporciono, y eso acarrea muchos gastos. Luego, en limpio, no me queda tanto. Tengo que pagar a investigadores, compro material como focos, aparatos de sonido y toda la parafernalia, luego está el transporte y la instalación. ¿Para qué seguir? ¿Es que para divertiros vosotros pretendéis que yo me arruine? —Rio, sarcástico.

André sacó de su bolsillo un abultado sobre y lo tiró al regazo de Blackgold que iba vestido con un jersey negro sobre el que destacaba una

anchísima hebilla de plata y colgantes de cadenas gruesas con piedras semipreciosas representando los signos zodiacales.

—Ahí tienes tu dinero y libre de impuestos, no puedes quejarte, pero para la próxima vez prepáranos algo bueno, sin intrusos que estropeen la fiesta y nos hagan correr riesgos innecesarios.

Blackgold levantó la solapa del sobre y miró los billetes sin contarlos. Sonrió y se guardó el sobre por debajo del jersey en un bolsillo interior que allí llevaba.

—Tendréis algo especial, os lo prometo. Por cierto, André, tú llegaste con dos mujeres, ¿verdad?

—Sí.

—Una sería tu mujer, ¿y la otra?

—Una amiga.

—¿De quién, tuya o de tu mujer?

—De mi mujer.

—¿Por qué no me das su número de teléfono? Me gustaría hablar con ella.

CAPÍTULO V

El cielo se había cubierto en su totalidad. No se esperaba tormenta, pero era muy posible que lloviznara de un momento a otro.

A bordo de su pequeño deportivo, Vanessa había recordado el camino que siguiera junto a André.

Lorena, encajada en el asiento de copiloto y bien sujeta por el cinturón de seguridad, preguntó escéptica:

—¿Crees que merece la pena?

—No estoy demasiado segura —admitió Vanessa—. Cada día que pasa estoy más confundida.

—Lo que ocurrió la otra noche fue una desgracia. Por lo demás, habrás de admitir que la fiesta resultó excitante.

—A mí me pareció muy macabra.

—Es que te lo tomas todo demasiado en serio, solo se aprovechó el escenario del cementerio. Me dijeron que lo de la momia era falso, un montaje de ese Blackgold que es un escenógrafo fabuloso. Ganaría mucho dinero montando espectáculos si quisiera.

—¿Quién te dijo que aquella momia era falsa?

—André.

—¿Cuándo regresabais solos en el coche?

—Sí, y no debes ser suspicaz. André pensó que tú ibas en otro coche.

—André es un cobarde y estoy pensando en divorciarme de él.

—No hablarás en serio...

—¿Por qué no? La verdad, Lorena, no me gustan esas fiestas y para André son insustituibles. Es un retorcido mental y sexual como los otros que acuden a esa clase de orgías.

—No es para tanto. No se hace daño a nadie y todo es falso, aunque cuando estaba en el cementerio, llegué a creer que todo era cierto, que efectivamente se quemaban los restos de un brujo que existió hace cientos de años.

—Yo no me fío nada de Blackgold. Es un personaje muy extraño y maligno. Conoce suficiente magia y brujería para tomarnos el pelo a todos. Ese hombre busca dinero y satisfacer su egocentrismo y nuestros hombres, que están muy bien situados social y económicamente, le dan todo lo que pide. ¿Sabías que basta que los amigos de André que participan en esas macabras orgías den un oportuno telefonazo para que Blackgold sea entrevistado en una emisora de radio, aparezca en una revista o salga su imagen en televisión?

—No, no lo sabía.

—Pues, entérate. André y sus amigos están en puestos clave, tienen

muchos contactos y pueden muchas cosas, por eso estas orgías siempre tienen algo en común.

—¿El qué? —quiso saber Lorena.

—El anonimato. Nadie debe saber quiénes participan en ellas ni cuándo ni dónde se reúnen de antemano. Son orgías secretas y Blackgold lo sabe muy bien. Si cometiera un desliz, tendría que marcharse de este país, si es que no moría de algún oportuno accidente.

Vanessa no se equivocó en la conducción de su deportivo y lo estacionó frente al muro del pequeño cementerio. Su aspecto general era de completo abandono. Puso el freno de mano y quitó la llave de contacto.

—¿Qué esperas encontrar aquí? —preguntó Lorena.

—No lo sé, quizás saber si todo era un montaje como dice Blackgold o había algo de cierto.

—Si sigues pensando así, acabarás volviéndote loca. Tienes que disfrutar las cosas como vienen y no hacerte demasiadas preguntas. Estas orgías erótico-macabras actúan como afrodisíacos ambientales.

—Lorena, no me pareces la misma. Solo has asistido a una fiesta y has cambiado.

—He de admitir que me impresionó. No es lo mismo que te cuenten que existen esta clase de orgías que participar en ellas y de una forma que las sientes hasta en la piel. Ir vestida solo con un sayo como un monje medieval, sentir la propia desnudez bajo la tela, libre de las ataduras de las ropas íntimas, consigue transportarte en el tiempo. Yo pienso que es una suerte tener el marido que tienes.

—¿Suerte? Pues pocos días atrás me decías lo contrario.

—Es que las circunstancias, las vivencias, nos hacen cambiar de opinión.

—Será mejor que vayamos a ver el cementerio, quiero ver de día lo que la otra noche y a la luz del fuego.

La verja del cementerio estaba cerrada, pero no con llave, sino mediante una cadena sujeta en sus extremos con un candado roto y oxidado.

Entraron en el recinto sin que nada ni nadie se lo impidieran.

No tardaren en constatar el abandono de aquel lugar. Los hierbajos crecían ocultando muchas de las tumbas. Notaron la soledad del lugar en la propia piel.

—Da un poco de miedo estar aquí, ¿verdad?

Vanessa respondió a Lorena tratando de tranquilizarla.

—Aquí solo hay muertos, y los muertos no hacen nada.

—Sí, eso es lo que se suele decir, pero ¿por qué cuando llega el momento la gente suele tener miedo a los muertos? —bajó el tono, como hablando en reflexión, y añadió—: El que más y el que menos teme que de un momento a otro se levante una lápida y surja una mano esquelética intentando atraparte.

—Por favor, Lorena, no hagas bromas.

—No es ninguna broma. Y ahora, ¿qué esperas encontrar aquí?

Vanessa aceleró el paso, avanzando hacia un ángulo del recinto.

—Mira, esa es la tumba —miró en derredor—. Y no parece que quede rastro de lo ocurrido.

—Pues no —admitió Lorena—, encima de la tumba hubo fuego y no hay huellas.

Vanessa se acercó hasta tocar la lápida de granito con sus dedos.

—Lo que se quemó fue la momia y el ataúd, y Lo quemado volvió a caer dentro de la fosa. Como la lápida ha sido colocada de nuevo en su sitio, no se ve nada.

—¿Acaso esperabas que viéramos los restos quemados? —preguntó Lorena.

—No me gustaría verlos —Vanessa señaló las letras cinceladas en el granito, atacadas por los elementos—. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—No me acuerdo —confesó Lorena, acercándose más para leer la lápida ella también—. Jean Paul Labadia, parece que pone.

Vanessa quedó muy pensativa, la expresión de su rostro se hizo muy grave, tanto que Lorena se percató de ello.

—¿Qué te ocurre, te sientes mal, estás mareada?

—Jean Paul Labadia —repitió—. Jean Paul, Jean Paul...

—Yo no me acordaba de ese nombre.

—Yo tampoco, pero ahora...

—¿Qué diferencia hay?

De una forma casi irracional, Vanessa trató de mover la lápida para desplazarla y dejar al descubierto la fosa, pero era un esfuerzo inútil, su fuerza distaba mucho de ser la necesaria para mover el granito.

—¿Qué intentas? No lo conseguirás nunca.

Vanessa desistió. Miró a su amiga y como desesperanzada, musitó:

—Pensarás que estoy loca.

—No, no es eso, te afectó lo de la otra noche. Tuviste un accidente en la huida, los tiros, en fin. Creo que debes olvidarlo y en otra ocasión, tómatelo de otra manera. Si quieres ser feliz con André, habrás de vivir estas emociones.

—Lorena, creí que estabas en contra de todo esto.

—Te repito que yo no había vivido nada parecido. No es lo mismo leerlo en novelas o verlo en el cine o la tele que estar presente y no saber cómo va a terminar todo. Hay una excitación especial en la que participas plenamente. Sabes que si ocurre algo, tú puedes ser la actriz principal. Creo que estas emociones solo puede permitírselas gente capaz de vivirlas y también de pagarlas, porque son caras, ¿verdad?

—André nunca me ha dicho lo que paga por una de estas orgías macabras.

—Pues, puedes imaginar que son caras, porque no son multitudinarias y

además, se corren riesgos.

Vanessa se apartó de la tumba que tanto la había impresionado. No podía comprobar si en su fondo estaban los restos quemados de un ataúd y una momia humana que, según había contado André, era falsa, un montaje de Blackgold, pues para eso se le pagaba.

Algo brilló en el suelo. Se acercó para ver qué era y lo recogió. Era un pedazo de cristal de los focos destrozados por los disparos.

—¿Algo importante? —preguntó Lorena.

—No, no lo es.

Siguió caminando entre las tumbas hasta que descubrió una fosa abierta en la tierra. Miró su fondo y cuando Lorena estuvo a su lado, dijo:

—Aquí dentro debí caer yo.

—Qué miedo, pudiste matarte.

—Quedé inconsciente, pero no se me nota ningún moretón. Debí golpearme en la cabeza y el cuello se me dobló, aún tengo dolores fuertes.

—Con razón no aparecías. André creyó que en la huida te habías subido a otro coche. Como todos vestíamos de la misma manera, resultaba imposible identificarnos.

—¿Para quién será esta fosa?

Lorena parpadeó, sorprendida.

—Pues, para alguien que se muera en el pueblo del que depende este cementerio.

—Es muy raro, ¿no?

—¿Por qué?

—Esto parece muy abandonado. Si la fosa se hubiera abierto para alguien que acabara de morir, ya lo habrían enterrado.

—Es cierto, pero ¿por qué hacernos tantas preguntas sobre una fosa vacía?

—Esta fosa no está abierta desde hace poco tiempo.

—Quién sabe, quizás la abrieron para alguien que luego fue enterrado en otra parte o incinerado.

—Tienes respuestas para todo, Lorena.

—¿No será que tú pones demasiada fantasía en todo?

—¿Y si no ha sido fantasía?

—¿El qué, el qué? —inquirió Lorena ya nerviosa, mirando preocupada a su alrededor.

—Mejor no me hagas caso. Lo que sucedió esa noche me afectó, necesitaré algún tiempo para tranquilizarme. Ahora, aquí, quiero hacerte una pregunta y que me la respondas.

—¿Y esa pregunta tenías que hacérmela precisamente aquí, en el cementerio?

—Sí.

—¿Y por qué a mí y no a André?

—No estaría segura de su respuesta.

—Vamos, adelante, haz esa pregunta.

—Cuando la momia se quemaba, la oí rugir de dolor.

—¿Qué rugía la momia?

—Sí, rugía de dolor, era como si estuviera viva.

—Absurdo... ¿Cómo iba a rugir si era una momia y una momia son unos restos de alguien que murió hace muchos años?

Se elevó un ligero viento. Lorena miró en derredor, ahora temerosa, y sin esperar a que su amiga respondiera, la apremió:

—Vámonos, vámonos de aquí, has conseguido ponerme nerviosa.

CAPÍTULO VI

Sentada en un rincón discreto del interior de una cafetería, Vanessa veía pasar a la gente por la calle mientras esperaba que el camarero le sirviera un gin-tonic.

Cuando tuvo el vaso delante, bebió un sorbo largo. Tenía la sensación de que la temperatura de su sangre estaba alta, era como si tuviera algo de fiebre.

Miró con aparente descuido en derredor y al notar que nadie la observaba, levantó discretamente su falda. Justo donde terminaba la liga, por dónde pasaba el liguero rojinegro, estaba escrito con rotulador un nombre y un número de teléfono.

—Jean Paul —musitó sin apenas mover los labios.

Fue como si pasara una ráfaga de viento abrasador por sus ojos, por su boca, mientras memorizaba aquel número que un hombre había escrito en su muslo de piel blanca, escrito que había respetado al lavarse, evitando pasar la esponja con jabón para no borrarlo, aún a sabiendas de que corría el riesgo de que André lo descubriera.

Bebió más del vaso de gin-tonic. Estaba fresco, pero el calor no abandonaba su cuerpo. No había demasiada gente en la cafetería, pero Vanessa ni siquiera la veía. Oía sus voces con un rumor muy bajo, como un zumbido de moscas que nada tuviera que ver con ella.

—¿Puedo telefonear? —preguntó al camarero al pasar cerca de su mesa.

—Sí, señorita —señaló con la mano un teléfono que estaba al final del mostrador.

El teléfono de monedas marcó línea libre y Vanessa fue recordando cada uno de aquellos números escritos en un lugar tan íntimo de su cuerpo.

Si unos días antes le hubieran dicho que un hombre la seduciría y escribiría su nombre y su teléfono en su piel y precisamente en aquel sitio, se habría echado a reír asegurando que ella jamás toleraría una “machada” semejante, que ella no se dejaría humillar de aquella manera; sin embargo, había ocurrido y notaba el calor en sus ojos, en su boca y hasta en las orejas, por no decir que sentía cada uno de los números escritos en su piel, los sentía como si quemaran.

—¿Diga? —preguntó la voz grave del hombre, una voz grave y recia. Pese a su tono bajo, seguía siendo dominante.

—¿Jean Paul?

—Sí.

—Soy Vanessa.

—¿Quieres volver a verme?

—Pues... —no se atrevía a decir lo que toda ella estaba deseando, pero como si él leyera en su mente, le dijo:

—Por la carretera del sur, junto al río, a cinco kilómetros, verás embarcaciones, algunas son casas flotantes. No pueden ni navegar por el río, están siempre varadas. Una de ellas tiene una ancha chimenea pintada en rojo oscuro y unas letras negras, “J.P”. Cuando llegues, di quién eres y serás bien recibida.

—Pero...

En ocasiones, había bromeado con sus amigas respecto a una posible infidelidad a André. ¿Podía ella tener un amante? Jamás se lo, había planteado seriamente, todo habían sido bromas con un fondo de divertida picardía; sin embargo, ahora...

No deseaba a André, no lo deseaba, quizás porque él no había sabido responderle con amor, con juegos eróticos en los momentos en que ella lo esperaba y deseaba. André siempre había necesitado excitarse de alguna manera especial para estar en forma.

Jean Paul la había seducido en unos momentos en que ella no había sabido o podido defenderse; pero ahora, era Vanessa quien le llamaba.

Prefería no pensar en aquella infidelidad a la que se lanzaba porque la sangre le quemaba dentro del cuerpo y necesitaba a aquel hombre tan distinto a su marido. Tampoco quería confesarse a sí misma que, ardiente de pasión, se lanzaba en brazos de lo desconocido.

Subió a su pequeño coche y lo puso en marcha. Con la imaginación, llegó a conseguir la sensación física de que la mano de Jean Paul le levantaba la falda, dejaba al descubierto el escrito en su muslo y luego posaba sus labios sobre el número de teléfono.

Un largo claxonazo la arrancó de sus ensoñaciones. Un camión estuvo a punto de arrollarla cuando se introducía en la carretera para acudir a la cita.

Rodó en busca de la carretera del sur. Circuló junto al río que se veía ancho y con aguas muy oscuras. Pudo ver algunas embarcaciones.

Disminuyó la velocidad para no pasar de largo sin descubrir lo que buscaba.

No había muchas de aquellas embarcaciones, separadas unas de otras y muchas de ellas carcomidas por la humedad y el implacable paso del tiempo. Habría sido mejor prenderles fuego y hacer desaparecer sus cenizas en las oscuras aguas del río.

“Ahí está”, se dijo al descubrir la chimenea rojo oscura con las iniciales “J.P.”.

Se detuvo antes de llegar a ella.

La embarcación era mayor de lo que había supuesto. Si alguna vez había navegado, habría sido solo por el río. Era ancha, pesada, pintada de oscuro. El piso de la cubierta debía estar a poco más de un metro de la línea de flotación, salvo que la línea de flotación hubiera ido subiendo al crecer pegadas al casco multitud de plantas subacuáticas.

Aparte de lo que pudiera haber bajo cubierta por encima de ella había camarotes y otras dependencias en por lo menos ciento cincuenta metros de superficie. Después, arriba, una sobre cubierta y el puente de mando junto al cual sobresalía la oxidada chimenea.

La embarcación estaba bien amarrada junto a la orilla. Posiblemente haría décadas que su motor de vapor no funcionaba y nadie debía haberse preocupado de arreglarlo.

Alguien, por muy bajo precio, la había comprado en una subasta y después habría contratado un remolcador para que la trasladase hasta aquel lugar, convirtiéndola en casa flotante hasta que la podredumbre perforara el casco de madera y la embarcación se hundiera, buscando el reposo definitivo en el fondo del río.

Aquella casa flotante no le pareció un sitio especialmente atractivo. Sí tenía algo de misterioso y el misterio era un aliado del amor.

Estacionó su pequeño coche cerca de la puerta de un almacén de hierros viejos que parecía abandonado. No creyó prudente aparcar delante de la mismísima casa flotante. Estaba casada y por primera vez, acudía a una cita de amor en la que no iba a encontrarse precisamente con su marido.

Se apeó del coche, lo cerró con llave y hundió las manos en los bolsillos de la gabardina después de alzar el cuello de la misma como para protegerse. Anduvo hacia la casa flotante, incapaz de resistirse a su destino.

Antes de pisar la plataforma que daba acceso a la casa flotante, se percató de que comenzaba a oscurecer. Dio una ojeada a su reloj y pudo comprobar que el tiempo se le había pasado sin darse cuenta.

—¡Hola, hola! —repitió, alzando la voz, pues no sabía cómo hacer notar su presencia en la embarcación.

No veía a nadie, ni a bordo ni en tierra. Estaba nerviosa y se daba cuenta de ello. ¿Jean Paul ya estaría a bordo?

Se abrió una puerta cerca de la proa, por el lado de babor, y apareció una mujeruca que a Vanessa no le gustó. Tenía una abundante cabellera rubia que podía ser peluca y con la que trataba de ocultar las arrugas de su rostro, restando años a su imagen.

Cojeaba, y no debía ser porque le ocurriera algo en las piernas, sino en los bajos de su espinazo, posiblemente padecía una artrosis deformante. En su mano izquierda llevaba una taza de loza que humeaba.

—Hola, querida —saludó, mirándola de una forma inquisitiva y poco tranquilizadora mientras semejaba ocultar una sonrisa de complicidad sin conseguirlo.

—Verá, yo... —vaciló la joven.

—Eres Vanessa, ¿verdad?

—Pues sí.

—Sígueme. ¿Te gustan las hierbas?

—¿Hierbas?

La vieja rubia alzó su taza de loza que despedía aromas de hierbas

diferentes.

—Sí, una infusión. Las hay de muchas clases, para lo que quieras. A tu edad, esas cosas se desprecian, pero ya te harás mayor y te darás cuenta de que hace más bien y menos daño una buena infusión de hierbas que unas píldoras compradas en la farmacia.

Cruzó un umbral. Siguiendo a la extraña mujer que no soltaba su taza, pasaron por una dependencia amueblada como una sala de ocio ya caduca en el tiempo. Sería muy difícil redecorar aquel lugar, habría que arrojar por la borda todo lo que contenía y restaurar suelos y paredes antes de amueblarlo de nuevo.

La llevó hasta otra puerta que abrió. La mujer rubia se hizo a un lado y le pidió:

—Pasa.

La estancia, para ser un camarote, era bastante amplia. Armario empotrado, mesa con dos sillas, ancha cama de matrimonio, dos mesitas de noche, una puerta estrecha que dedujo debía conducir a un aseo y una ventana panorámica que daba al río y estaba tamizada por cortinas que debía hacer mucho tiempo no habían sido lavadas. Aquel tipo de ventanas evidenciaba que la embarcación no había sido construida para navegar, sino para servir de residencia varada en alguna parte.

Verse en aquella alcoba de matrimonio desconocida para ella, le produjo una sensación de leve vergüenza que asimiló con rapidez. ¿Qué más daba que fuera un hotel, una cabaña en el campo o aquella extraña casa flotante?

La mujeruca rubia cuyo nombre desconocía, cerró la puerta y se alejó, pudo oír sus pasos.

Vanessa se alegró de perderla de vista.

Sin saber qué hacer, se acercó a la ventana que era muy ancha. Afuera oscurecía con rapidez, todo se hacía más negro, incluidas las aguas del río.

En aquel lugar, su cita de amor tendría más misterio. ¿Qué haría André si se enteraba de aquella relación?

Se sobresaltó ligeramente al oír abrirse la puerta a su espalda. Cuando esperaba ver a Jean Paul, descubrió de nuevo a la mujer rubia.

Traía otra taza grande, pero era de porcelana y con un platito que hacía juego. No era la misma taza de antes, había tenido más cuidado para agradar. Aquella taza también humeaba.

—Te he traído esta infusión, verás cómo te va bien —le dijo con voz cascada.

—Muy amable, pero ahora no me apetece.

La mujer no se dio por vencida. Insistió.

—Te hará mucho bien, ya lo verás. Yo sé mucho de infusiones. Si supieras los años que tengo, te asustarías.

Vanessa pensó que no merecía la pena vivir tantos años como suponía tenía aquella mujeruca y mucho menos para llegar a parecerse físicamente

a ella.

—De veras no me apetecen.

—Se toman sin desearlo, es mucho mejor que un café. Vamos, vamos, verás cómo cuando él llegue estarás tranquila, mucho más tranquila.

—¿Conoce a Jean Paul?

—Pues claro.

—¿Quién es en realidad? —preguntó algo vacilante.

—Primero, tómate esta infusión.

Vanessa se dijo que no iba a poder escapar y que si quería sonsacar a la mujeruca, debería ceder en algo. Deseó que aquella infusión no tuviera mal sabor. Poco tuvo que acercar la taza a sus labios, porque ya la mujeruca la había aproximado a su rostro.

No quemaba tanto como cabía deducir por el vapor y el sabor le recordó un perfume conocido.

—Es, es como perfume de rosas, ¿verdad?

—Pues sí, algo de rosas hay. ¿Lo ves? Ya te decía yo que era buena, no hay que oponerse por que sí.

Sorbió la infusión con más facilidad de la que había supuesto bajo los ojos atentos y vigilantes de la vieja de la peluca rubia.

—Así está bien, así está bien —aprobó la mujeruca recogiendo la taza vacía y el platito para llevárselo.

Al quedarse a solas, Vanessa sintió que todo su cuerpo se relajaba y que una especie de halo la envolvía, entibiando su piel. Tuvo la sensación de que aumentaba la humedad en torno suyo, pero ello podía deberse a que se hallaba en el río, dentro de una vieja casa flotante.

Se acercó de nuevo a la ancha ventana frente a la cual había un mueble con larga repisa. Le parecía imposible que ella pudiera estar allí en aquella alcoba que le era extraña, esperando la aparición de un desconocido del que solo sabía que se llamaba Jean Paul y que había poseído su cuerpo en plenitud, sin preguntarle a ella si lo deseaba o no, imponiéndole su fuerte personalidad.

Hubiera podido jurar que su cuerpo perdía peso, como si se hiciera más liviano o la fuerza de la gravedad hubiera disminuido bajo sus pies. ¿Se debía acaso a las propiedades de la infusión que acababa de tomar?

El ruido de la puerta al abrirse la hizo girarse de nuevo. Tenía que ser Jean Paul... Notó flojedad en sus rodillas.

¿Por qué un hombre al que solo había visto una vez en su vida, aunque esta hubiera sido con gran intensidad, podía ejercer tamaña influencia y esa carga de sensaciones sobre ella?

En el umbral de la puerta apareció lo que menos podía imaginar y el terror la paralizó como si desconectaran sus centros nerviosos en la base del cerebelo del resto del cuerpo.

En la habitación acababa de entrar el ser momificado que viera exhumar en el pequeño y olvidado cementerio, aquel ser que Blackgold había

empapado en un líquido oleoso e inflamable para luego prenderle fuego, aquel ser que aún después de siglos de yacer muerto, se había incorporado hasta sentarse dentro del ataúd, rugiendo de dolor ante la profanación de que eran objeto sus restos.

Sus ropas eran harapos requemados, su rostro esquelético gris amarillento, sus cabellos medio quemados y muertos. Sin embargo, las cuencas vacías de sus ojos semejaban mirar desde la negritud insondable de sus fondos enucleados por los gusanos del tiempo.

Su boca entreabierta mostraba unos dientes amarillos y parecían más grandes de lo normal en un ser humano, quizás porque carecían ya de encías.

Si en el cementerio su miedo se había disuelto en parte por hallarse en grupo, ahora, en la soledad, el terror era un shock traumático que la inmovilizaba, impidiéndole pensar.

—Vaaa... neeee... saaaaa...

Pronunció el nombre alargando las sílabas. Su habla era fuertemente gutural y ronca mientras aquella especie de muerto viviente avanzaba hacia ella sin prisas pero con la seguridad de que Vanessa no podía escapar por la puerta, ya que el mago que descubriera Blackgold se lo impedía.

—¡No, Dios mío, no! —gritó de pronto, reaccionando ante el avance del muerto-viviente hacia ella.

Cabía pensar que aquel ser arrancado de su tumba desearía vengarse.

El terror transformó su cuerpo y de la paralización de sus músculos pasó a una actividad hiperacelerada que la puso en movimiento de tal manera que, sin ella misma saber cómo, trepó a la repisa del mueble y escapó por el hueco de la ventana, cuando la mano del muerto conseguía agarrarla por un tobillo. Más, un fuerte tirón de la joven hizo que solo quedara el zapato en la mano del cadáver.

—¡Vaa... nee... saaa!

El muerto viviente sacó sus sarmentosos brazos por la ventana tratando de agarrarla por la falda. Sin dudarlo, instintivamente, la mujer se arrojó a las oscuras aguas del río.

Se sumergió en una profunda negrura mientras su cuerpo sentía el flagelo de la frialdad de las aguas.

Con la respiración entrecortada, sin la guía de una luz que hubiera podido decirle si estaba cerca o no de la superficie, Vanessa nadó bajo las aguas sintiendo que se asfixiaba. Braceó con fuerza buscando la superficie del agua como lo haría un ciego que hubiera caído al mar, hundiéndose varias brazas.

Su mente solo hacía que pedir socorro sin que nadie pudiera oír la desesperada llamada. Su cuerpo se entumecía por el frío y sus pulmones amenazaban con estallar de un momento a otro.

Cuando ya parecía que llegaba el fin, su cabeza afloró del agua. La corriente se la llevaba. A lo lejos, una pequeña embarcación con una

linterna encendida avanzaba hacia ella.

Vanessa braceó, pero las fuerzas le fallaron. Quiso gritar y la boca se le llenó de agua.

“No puedo más”, pensó.

Exhausta, se abandonó a la corriente mientras la barca que llevaba aquella linterna, único punto de luz en la oscuridad, se le acercaba.

CAPÍTULO VII

El taxi se detuvo frente a la “Maison Royal du Video”. Lorena pagó la carrera y se apeó.

Miró en derredor. Había oscurecido, la calle estaba iluminada por las farolas y pasaba poca gente.

André le había preparado aquella cita. Deseaba conocer personalmente a Blackgold, un hombre que la fascinaba aunque también le infundía cierto miedo.

Tras participar en su primer y frustrado “sabbath”, Lorena se había interesado sobremanera por aquellas reuniones nocturnas de magia y erotismo.

Sabía que se trataba de un montaje, pero la excitaba y ya no comprendía a su amiga Vanessa como lo había hecho semanas atrás.

El interés por aquellos espectáculos que Blackgold era capaz de montar, la habían impulsado a acudir a las diez de la noche frente a la “Maison Royal du Video”, un comercio de venta y cambio de cintas de video que estaba cerrado pero que mantenía unas luces encendidas para que los viandantes pudieran ver las caretas de los cartuchos en los escaparates.

—Lorena —interpeló una voz gruesa, cavernosa.

Se volvió hacia el coche que acababa de detenerse. No había visto antes a Blackgold sin careta, pero le reconoció de inmediato, supo que era él.

Blackgold estaba solo en un vehículo negro y deportivo de gran cilindrada. Cabía pensar que su economía funcionaba bien.

Lorena se sentó al lado del mago o gurú. Este, haciendo roncar el motor de su poderoso coche, reanudó la marcha.

—¿Asustada?

—¿Asustada, por qué?

—No sé, te habrán contado cosas sobre mí —dijo con cierta arrogancia, satisfecho de causar temor entre las mujeres.

—No, solo me han contado que montas los festivales.

—Hago lo que puedo.

—Conoces muchos trucos, ¿verdad?

—¿Trucos? ¿No crees que haga las cosas en serio?

—Pues... —vaciló—. Seguro que todo son trucos, pero muy buenos.

—Verás, Lorena, a mí me cuentan cosas, me llegan informaciones. Yo hago un buen montaje, eso es cierto, pero en muchas ocasiones sí hay magia en las fiestas, lo que ocurre es que solo las personas muy sensibles la captan.

Blackgold conducía rápido pero con seguridad. Al fin, se detuvo. Mediante un dispositivo electrónico abrió una puerta de almacén e

introdujo el coche en él.

La puerta metálica se cerró tras ellos antes de que llegaran a apearse del vehículo. Las luces también se habían encendido automáticamente.

—¿Dónde estamos? —preguntó Lorena.

—Sígueme —ordenó más que pidió Blackgold.

Aquel hombre de paso seguro y manos nudosas, estaba acostumbrado a ser obedecido, especialmente por mujeres y por jóvenes débiles de carácter, sin rumbo en la vida, jóvenes fáciles de caer en la dependencia de la droga o el sometimiento a cualquier gurú que les prometiera un mundo mejor mediante la inserción en una secta de cualquier signo.

Subieron por una escalera y fueron a parar a una sala muy amplia donde había un plató foto gráfico con los focos apropiados, cables, pantallas de reflexión y unos paneles que figuraban fondos de paredes de ladrillo y piedras. Delante de ellas, un poste sólido.

—¿Eres un profesional de la fotografía? —le preguntó Lorena.

—No exactamente. Compré este estudio a la viuda de un fotógrafo profesional. Iba pilotando un coche a ciento noventa y se topó con un camión. Este lugar es bueno para preparar mis montajes.

—Todo son trucos, ¿verdad?

—Sí, eso, todo son trucos, pero hay que hacerlos muy bien para que no lo parezcan. Viajando por Oriente y también por América se ven y aprenden muchas cosas, y yo soy un maestro en divertir a gente rica que se aburre.

—En la fiesta del cementerio, ¿todo era truco?

Blackgold se echó a reír.

—Preguntas demasiadas cosas, mí querida vestal, y debes tener en cuenta que todo lo que hacemos es secreto. La policía no ha de enterarse de nada, absolutamente de nada. Mis adeptos, también podría llamarlos mis “clientes”, no quieren verse involucrados en nada que les pueda afectar judicialmente ni siquiera como escándalo público. Ellos tienen cargos políticos importantes, poseen empresas o son directivos de multinacionales. Ni siquiera a mí me permiten que sepa quiénes son ellos en realidad. Yo solo sé que son hombres y mujeres importantes, que me pagan bien y no quiero saber nada más. La sombra de un posible chantaje seguro que me costaría la vida. Lo mismo que me contratan a mí para que les proporcione diversión, contratarían a un “killer” para que me asesinara.

—Parece imposible que sean como dices. Yo conozco a uno y...

—¿A André? Bah, él es quien da la cara y me paga el dinero que reúne de los demás. No me interesa saber más de él. Yo, de aquí, voy a sacar buen dinero y no quiero riesgos inútiles y tú debes hacer lo mismo.

—¿Yo dinero? Solo, solo —dijo vacilante—, he aceptado venir porque...

—¿Te excita? —sonrió, malévolo.

—No tengo por qué contarte mis sentimientos.

—Claro que no.

Blackgold se acercó a Lorena. La cogió de la mano y la subió a la tarima del plató. La acercó al poste y la puso de espaldas a él como si fuera a atarla, disponiéndola así para un sacrificio o ejecución.

—Quédate ahí, voy a ver cómo das en fotogenia.

—¿Quieres convertirme en primera actriz de uno de tus alucinantes espectáculos?

—Puede ser, puede ser —admitió mientras tomaba una cámara réflex y enfocaba a Lorena desde distintos ángulos.

Fue encendiendo focos y ella sintió los impactos de luz en sus retinas.

—Desnúdate —le pidió Blackgold con naturalidad, observándola siempre a través del objetivo de la cámara.

—¿Desnudarme, para qué?

—Si has de ser la reina de uno de mis espectáculos he de saber qué tal funcionas.

Lorena tuvo unos momentos de duda. Ya no era ninguna niña y si había acudido a la cita de Blackgold tenía que dar por supuestas muchas cosas.

—¿Es imprescindible?

—Sí, claro, tengo que ver cómo te sientan las cuerdas sobre el cuerpo desnudo.

—¿Cuerdas? —inquirió, preocupada.

—Si quieres ser la sacerdotisa de mi espectáculo, vas a tener que olvidarte de muchos pudores.

Se acercó a ella sonriéndole. Lorena solo vio en aquel hombre unos ojos oscuros, grandes.

En la mano de Blackgold apareció una especie de idolillo de medio palmo de altura. Era de madera de ébano y tenía un solo ojo que lanzaba destellos, era como una piedra preciosa llena de luz.

El ídolo comenzó a moverse a derecha e izquierda como si tuviera un fleje en su base. Sus movimientos eran los de un metrónomo.

—Eres hermosa, Lorena, muy hermosa y estás deseando descansar, descansar, descansar...

El idolillo se movía rítmicamente a derecha e izquierda mientras su ojo luminoso seguía impactando con sus destellos en la retina de Lorena.

—Cierra los párpados, ciérralos porque te pesan, te pesan mucho... Ahora me obedecerás en todo porque yo te colocaré por encima de las demás mujeres. Tienes calor, mucho calor, tanto calor que deseas desnudarte, liberar tu cuerpo de esas ropas que te oprimen...

Lorena, ya sometida al influjo hipnótico de Blackgold, comenzó a desnudarse mientras este sonreía y se apartaba de ella para seguir enfocándola con su cámara de fotografiar mientras iba quemando película.

CAPÍTULO VIII

Fue un despertar lento.

Vanessa se sentía mareada. No se atrevía a abrir los ojos porque temía hallarse flotando en las oscuras aguas del río. En aquellos momentos le era difícil discernir si se hallaba despierta o sumida en un sueño.

Notó algo en los labios, un roce acariciador que le hizo cosquillas al tiempo que despertaba su sensualidad.

Abrió los ojos y se encontró con otros negros, profundos.

—Jean Paul...

—No temas, estás viva —le dijo con un tono de voz que tranquilizaba.

Miró en derredor. Se hallaba en una alcoba desconocida, tendida en una cama. La luz era escasa, solo una pequeña bombilla dentro de la esfera opal.

—Yo estaba en el río, ¿verdad?

—Sí, te saqué a tiempo, has estado a punto de ahogarte.

—¿Has llamado a un médico?

—No ha sido necesario, ya te encuentras mejor.

Clavó sus pupilas en las oscuras de él para interrogarle.

—¿Quién eres?

Él sonrió. Le pasó la mano por la frente y las mejillas. Vanessa recibía con agrado aquellas caricias cuando se percató de que se hallaba desnuda dentro de una gran toalla que la cubría.

—¿Y mi ropa?

—Secándose.

—¿Me la has quitado tú?

—Sí.

—Quiero mi ropa.

—¿Para marcharte?

—Sí.

—La tendrás, pero espera a que se seque. Has corrido el riesgo de pillar una pulmonía. No tengas prisa, aquí conmigo estás bien.

—No estoy bien contigo —replicó sin demasiada fuerza. Todo el tiempo mantenía un tono de voz bajo.

—¿Por qué?

—Te tengo miedo.

—¿Te he hecho algún daño?

Todavía no lo sé. Soy una mujer casada.

—Que no ama a su marido.

—Yo no he dicho tal cosa.

Es demasiado fácil para mí leer en tu mente.

Te tengo miedo porque eres como un diablo.

¿Me has llamado por teléfono porque me consideras un diablo? —preguntó sin moverse de su lado, sentado al borde de la cama, dominándola con su presencia.

—No sé todavía por qué te he llamado, no lo sé —volvió la cara y soltó un corto sollozo.

Jean Paul le acarició de nuevo parte de la cabeza y le resiguió la oreja como dibujándola. Ella no hizo ningún gesto para esquivar las caricias.

—Tú no le quieres —dijo despacio, sabiendo que ella no iba a rebatirle —. Estás casada, pero como si no lo estuvieras. Debiste casarte enamorada, pero luego llegaron las decepciones.

—¿Quién eres tú para emitir esos juicios?

—Eres una mujer joven, hermosa, una mujer que ya sabe lo que es sentir placer en plenitud, lo que puede esperar de cada encuentro amoroso.

—Eres odioso.

—¿Por qué leo en tu mente?

—Apártate, déjame salir, quiero irme.

Jean Paul no se apartó, no se levantó del borde de la cama.

Lo que hizo fue separar los pliegues de la gran toalla que envolvía a Vanessa y la acarició entre la unión de los firmes senos, descendiendo hasta la suave y tensa piel del vientre.

—No me has llamado por teléfono para pedirme ahora que te deje ir. No, no fue para eso que descolgaste el teléfono y marcaste el número que escribí sobre tu fina piel.

—¿Por qué haces esto conmigo?

—Porque no eres como las otras.

—¿Las otras?

—Sí, las otras mujeres que acudieron al cementerio a celebrar una orgía macabra. Tú eres diferente. Tú deseas amor y no excitaciones aberrantes para conseguir placer.

—¿Acudir a la cita de un desconocido no es también una situación mala?

—No es lo mismo.

—Dicen que la situación de peligro, la conciencia de hacer mal, proporciona más placer Quizás sea solo eso lo que siento por ti.

—No. Tampoco eres la clásica mujer casada y aburrida que no se queda satisfecha con su marido y busca situaciones de peligro, de pecado como las llaman las religiones, para obtener más placer.

—Entonces, ¿cómo soy yo?

—Buena pregunta, porque casi nunca uno mismo sabe cómo realmente es.

La mano izquierda del hombre seguía acariciándola y notaba ligeros estremecimientos en el cuerpo femenino, un cuerpo cálido que despedía un suave perfume.

Jean Paul se inclinó sobre ella, buscando sus labios. Los brazos de la mujer pasaron por detrás de su cuello, lo sujetaron y le obligaron a proseguir la caricia labial a la que ella se entregaba plenamente.

Para Vanessa, el tiempo era inaprehensible. Difícil saber si era infinito, moría a cada segundo o acaso se detenía y no había tiempo sino solo un frenesí de gozo.

No podía pensar ya en un recuerdo preñado de placer porque sus vivencias eran superiores a los recuerdos. Toda ella temblaba y su mente carecía de pensamientos porque rebosaba de sensaciones.

Oleadas de calor humedecieron su piel de sudor, formando una suave y cálida pátina que olía a relajación paradisíaca.

No supo cuántas veces fue poseída antes de que el día comenzara a clarear tras la ventana.

Entregada por completo a Jean Paul, había creído danzar en medio de hogueras que habían estremecido su cuerpo haciéndolo gemir y chilar.

Ahora, encogida, apretada contra el costado el hombre, como protegida bajo su axila velluda, se sentía viva y buscaba descansar porque toda ella estaba exhausta y no quería saber nada de nada ni de nadie.

No quería acordarse de que existía un hombre llamado André que la obligaba a asistir a unas orgías macabras para excitarse, porque de otra manera era incapaz de cumplir con lo que su esposa debía esperar de él.

El baño era pequeño, anticuado, las baldosas blancas y la unión de las mismas demasiado negras, como trazos de rotulador.

Vanessa se duchó con ganas. Abandonó el baño envuelta en una toalla. Estaba cansada pero relajada. Parecía haber olvidado que horas antes había estado a punto de morir ahogada.

—¡Jean Paul!

Esperaba la respuesta del hombre mientras se secaba la cara y soltaba los cabellos del interior de un improvisado gorro de plástico.

—¡Jean Paul!

El hombre no respondía porque no estaba en la habitación. Parpadeó, algo preocupada. Pensó que él podía haber ido a preparar algo para desayunar.

Sobre una butaca descubrió su ropa seca. La tomó, vistiéndose. Esperaba de un momento a otro el olor a café recién hecho.

Ya vestida y pasándose por los cabellos un peine que había en el propio aseo, dejó que el tiempo transcurriera, pero Jean Paul no aparecía.

Los minutos se le hicieron eternos. Se acercó a la ventana y descorrió la cortina para mirar hacia el exterior donde era de día, pero allí solo había un cristal opaco que nada transparentaba salvo luz, una luz que la inquietó.

—¿Será una ventana falsa?

Sintió un profundo desasosiego.

Anduvo hacia la puerta, asió la manecilla y tiró de ella con fuerza. Abrió la puerta y la noche, la humedad, una gran sensación de frío,

abofetearon su rostro.

—Dios mío, ¿qué ha ocurrido?

Volvió a mirar hacia atrás. La falsa ventana continuaba encendida. En cambio, delante, la noche... Miró su reloj de pulsera.

—Está parado. ¿Qué hora será?

Cruzó el umbral de la puerta y se sorprendió más aún: Se hallaba dentro de la casa flotante varada en el río.

—Jean Paul, Jean Paul —llamó en tono bajo, con miedo.

No hubo respuesta a su llamada y la casa flotante le infundía un miedo progresivo que la obligó a buscar con rapidez la plataforma que daba acceso al embarcadero.

Cuando se vio en tierra firme, se volvió para mirar la casa flotante que se recortaba contra las aguas brillantes del río, un brillo que semejaba polvo de estrellas; sin embargo, la casa flotante le pareció siniestra.

No entendía nada.

Descubrió su coche algo lejos, pero lo reconoció de inmediato.

La soledad que sentía en derredor solo podía parecerle pareja a la soledad del cementerio en la noche. No había nadie a quién poder pedir ayuda si la necesitaba.

Llegó hasta su coche, tenía las llaves consigo. Abrió la portezuela y se sentó al volante. Miró otra vez la casa flotante. ¿Qué había ocurrido? ¿Había sido todo una pesadilla? ¿Había estado realmente a punto de ahogarse y Jean Paul la había salvado para seducirla después con gran satisfacción por parte de ella?

No estaba segura de nada, ni siquiera de si estaba enloqueciendo.

Los faros del coche, al encenderse, semejaron dar vida a una situación que parecía anclada en el tiempo. Barrió las tinieblas y buscó la carretera para regresar a su apartamento.

En dos ocasiones estuvo a punto de colisionar frontalmente con otros vehículos que circulaban por la carretera en dirección contraria.

Como si estuvieran al otro lado del cristal parabrisas, en su mente se fundía la horrible y macabra momia y la imagen seductora e irresistible de Jean Paul, con sus oscuros ojos de mirada penetrante, con su cabello negro intenso, con su mandíbula fuerte y poderosa.

“¿Dónde está la verdad?” se preguntó mientras los faros de un camión de transporte internacional la cegaban y se le echaban encima, dispuestos a devorarla como si fueran los ojos de un gran monstruo surgido en la noche.

Un golpe firme de volante y la chapa de su coche casi rozó los cantos férreos del camión mientras este hacía sonar su bronco claxon en una llamada de alargada protesta mientras sus luces rojas posteriores se perdían en la lejanía.

Entró en la ciudad y se dirigió a su apartamento.

Las luces eléctricas le parecieron frías, irreales. Era como si hubiera entrado en un piso no solo distinto al suyo, sino en el que no viviera nadie.

Abrió la puerta de la alcoba. En la cama matrimonial estaba André en actitud de dormir.

De pronto, no se sintió como perteneciente a aquel dormitorio. Era como si en un hotel hubiera abierto equivocadamente la puerta de una habitación que no era la suya.

Tampoco sintió vergüenza ni sensación de culpa alguna, simplemente de frialdad, de no hallarse en el lugar que le correspondía.

Iba a cerrar de nuevo la puerta de la alcoba matrimonial para dirigirse a la de huéspedes cuando André encendió la luz.

—¡Vanessa!

No acabó de cerrar la puerta.

—Duerme, aún no es de día —le dijo con una tranquilidad de voz que la sorprendió a ella misma.

—¿De dónde vienes?

—Sigue durmiendo, es muy tarde.

—Antes de que se me olvide, Blackgold nos está preparando algo especial, algo que nos va a gustar a todos.

—Anda, sigue durmiendo, ya hablaremos a otra hora —le cortó Vanessa cerrando la puerta.

Se fue a la habitación de huéspedes, se desvistió y se acostó en la cama que era más estrecha que la matrimonial. Al poco, el cuarto se abrió casi con violencia y se encendió la luz, molestándole las retinas.

—¿Qué haces aquí?

—André, déjame en paz, todos queremos descansar.

—Te he preguntado qué haces en esta habitación.

—Ya lo ves, intentando dormir —respondió tapándose la cara con la sábana para que no le molestara tanto la luz.

—Tu sitio es la cama matrimonial, junto a mí.

—No por esta noche.

—¿Por qué no esta noche?

—Porque no, simplemente.

—¿A qué tratas de jugar?

—Ya hablaremos, ahora estoy confusa.

—Tienes un amante, ¿verdad? —preguntó sin agresividad aparente.

—Déjame dormir. ¿Cómo quieres que te lo pida?

—Nuestro matrimonio funcionaría mejor si tú me comprendieras, si participaras más y mejor.

—¿En las orgías macabras?

—Cada cual busca el estímulo que necesita.

—A mí, esa clase de estímulos no me hacen falta. Tú tienes problemas, muchos problemas. Sería mejor que te apartases de Blackgold y de esos amigos de orgías negras y fueras al psiquiatra.

—¿Insinúas que estoy loco?

—Que te lo diga un psiquiatra. Ahora, déjame dormir.

—Te advierto que no te voy a tolerar una demanda de divorcio si es eso en lo que estás pensando.

Vanessa se sentó en la cama y se lo quedó mirando con una sonrisa sarcástica. Con deseos de herir, preguntó:

—¿Acaso antes que divorciado prefieres ser un cabrón consentido?

Los ojos de André centellearon. Se acercó a la cama. Vanessa le sonreía desafiante y entonces ocurrió lo que ella menos esperaba.

André le dio un puñetazo en la cara que la tumbó de nuevo en la cama. Su expresión cambió por completo y una mejilla le quedó completamente enrojecida.

André no pareció contento con aquel puñetazo. Buscó en derredor casi con desesperación y cogió el cinturón de piel del vestido de la propia Vanessa. Alzándolo como un látigo, comenzó a flagelarla.

—¡No, nooo! —gritó al sentir sobre su piel el duro y marcante correazo.

André no parecía dispuesto a ceder. Tenía los ojos encendidos y su brazo torturador parecía incansable. Siguió latigando a Vanessa que no podía escapar y se cubría el rostro con los brazos para que no se lo dejase marcado mientras gemía y chillaba de dolor.

La práctica de aquella tortura sádica despertó la sexualidad de André que terminó por arrojar la correa al suelo y apartar las ropas que aún protegían a Vanessa.

—¡No, cerdo, nooo! —chilló, pero ya estaba falta de fuerzas.

La sangre corría por su piel abierta y los moretones no tardarían en aparecer por todo su cuerpo torturado.

De nada valieron sus súplicas, sus lamentos. André estaba ciego de sexualidad. Para él no había nada más importante en aquel momento que poseer a Vanessa aún en contra de su voluntad después de haberla torturado, y dio rienda suelta a sus deseos hasta consumarlos.

CAPÍTULO IX

Blackgold conducía el poderoso coche todo terreno mientras el cielo oscurecía lentamente.

El sol enrojecía a su derecha, por el Oeste, mientras el vehículo circulaba rápido en dirección sur.

A su lado, bien sujeta por el cinturón de seguridad, viajaba Lorena que mantenía los ojos cerrados en ocasiones. Nada decía y cuando sus ojos sé abrían, parecía ausente.

"¿Qué me está pasando?", se preguntaba Lorena.

Su cuerpo no la obedecía, no podía gritar aunque lo deseaba y tampoco hablar por propia voluntad. Era como si la parte pensante de su mente estuviera desconectada del resto del cerebro y por lo tanto, del cuerpo.

Blackgold sacó el vehículo de la carretera en lo que parecía un camino particular de tierra y allí lo detuvo.

—Hay que estirar las piernas y vaciar la vejiga —dijo.

Abrió la portezuela y saltó del coche. Hizo algunas flexiones de piernas y desentumeció sus brazos. Luego, miró a Lorena que seguía sujeta con el cinturón de seguridad.

Blackgold se fue hacia unos arbustos. Abrió su pantalón y orinó largamente mientras oscurecía con rapidez.

Regresó al vehículo. Abrió el maletero y sacó una cerveza de bote. Tiró de la anilla, la destapó y bebió. Estaba suficientemente fría para saciar su sed. Arrojó la lata lejos de sí hacia el interior de la arboleda.

En el maletero llevaba una caja de madera que hubiera podido tomarse por la caja de pinturas de un artista pintor. Dentro había varias clases de tubos y tarritos, unos con líquidos pastosos, otros con polvos blancos, grises o negros. No había etiquetas de clase alguna.

Blackgold, que había estado en Camboya, Laos, la India, el Tíbet e Irán, conocía bien cuanto allí llevaba y que había conseguido en los países asiáticos.

Sobre una hoja de pergamino amarillo fue vertiendo diferentes partes de los contenidos de los pequeños botes de cristal, polvos blancos que parecían cenizas animales, polvos grisáceos que debían ser vegetales desecados y pulverizados. Sobre los polvos, vertió dos clases de líquidos, uno oleoso y el otro pastoso y con los dedos comenzó a amasar. Terminó haciendo una bola de color oscuro del tamaño de un ojo humano.

Cerró la caja que contenía aquellos enigmáticos productos que solo Blackgold sabía qué eran en realidad y con la bola entre los dedos, oprimiéndola, haciéndola cambiar de forma, regresó al asiento junto a Lorena.

—Ahora serás buena niña y te comerás este bombón que te he preparado.

“No quiero comerlo, no quiero, no quiero”, repetía la mente de Lorena, pero aquel pensamiento no se transformaba en palabras sonoras.

Era como una paralítica total, pero podía moverse y actuar bajo las órdenes directas de Blackgold.

Era un estado de hipnosis extraña que solo dejaba libre parte de su mente, mientras la otra parte, la que movía su cuerpo, quedaba bajo el sometimiento total y directo de Blackgold.

¿Cómo habría podido conseguir aquella disociación entre pensamiento y control del cuerpo? Lorena no lo sabía, solo recordaba que en el plató fotográfico había sentido la influencia de Blackgold y allí, él había hecho con ella cuanto había querido, sin que le hubiera podido oponer resistencia alguna.

Después, la había dejado dormir y al despertar, su cuerpo solo obedecía a Blackgold, de tal manera que Lorena ni siquiera lo sentía. Era como si estuviera anestesiado.

Trató de recordar y se vio tendida en una litera mientras Blackgold iba clavando agujas en su piel, muchas agujas.

—Vamos, sé buena niña y tómate este bombón. Abre la boca, te gustará, es muy dulce —le fue diciendo con voz tranquilizadora.

“Quiero escapar, quiero escapar”, repetía la mente de Lorena mientras Blackgold, con una sonrisa de satisfacción, colocaba aquella especie de bola de aspecto intragable en la boca de Lorena.

—Vamos, adentro, trágala, es por tu bien. Este bombón te hará un efecto beneficioso, ya lo verás. Además, tienes que obedecerme, soy tu amo, no lo olvides, soy tu amo, soy tu amo... —repetía en tono bajo y grave.

Casi ahogándose, Lorena tragó aquella bola confeccionada por Blackgold con sus productos secretos traídos de países de la lejana y misteriosa Asia.

“¿Por qué me hará tomar esto, por qué? ¿Qué es? ¿Me estará drogando? ¿Quién puede salvarme? Vanessa, ¿dónde estás? Vanessa...”, llamaba mentalmente. Ni el siniestro Blackgold que sonreía a su lado podía oírla.

Tragó aquella bola y Blackgold se mostró satisfecho.

—Ahora, ya podemos continuar camino, va a ser una noche divertida para todos, especialmente para ti...

“¿Qué me habrá hecho tragar?” se preguntó angustiada, sin respuesta.

De no ser por los ojos, habría podido pasar por una figura de cera que solo se movía bajo el mandato de Blackgold, como si fuera un mago capaz de dar movimiento a una figura inanimada.

El vehículo, con marcha atrás, regresó de nuevo a la carretera y prosiguió en dirección sur, ahora ya con los faros encendidos. La noche se había adueñado de la carretera.

* * *

—Las radiografías no revelan nada grave —observó el doctor.

—Está afectada por multitud de equimosis muy visibles —opinó la enfermera.

—Sí, pero los análisis de orina y sangre señalan que no hay rotura ni siquiera parcial de órganos internos; no obstante, habrá de ser sometida a observación.

—Cuando llegó, se le administraron sedantes y descansa tranquila. ¿Damos parte a la policía?

—Preferiría que fuera ella misma quien decidiera hacer la denuncia, y para ello es mejor que tenga la mente despejada —opinó el médico.

—En los casos de agresión manifiesta, con perceptibles daños físicos, hay que dar parte a la policía y serán ellos los que...

El médico no la dejó terminar.

—Conozco las normas y me hago responsable. Llame al doctor Lachard para que examine a la paciente y como cirujano plástico diagnostique.

La enfermera asintió con la cabeza y abandonó la habitación.

Desde el lecho de la clínica, con los ojos cerrados, Vanessa había estado oyendo lo que enfermera y médico hablaban sobre ella. Se sentía muy fatigada, pero los sedantes habían ahuyentado los dolores de su cuerpo.

Los dedos fuertes, pero ágiles y suaves al mismo tiempo, dedos sin duda alguna expertos, levantaron sus párpados para dejar al descubierto la pupila del ojo izquierdo femenino. Ella vio la luz que la cegaba y trató de cerrar el ojo, pero el hombre se lo impidió, le estaba observando el iris. Después acercó una diminuta lucecita verde apartando la otra luz poderosa y escrutó el fondo del ojo buscando dentro de él reflejos de las agresiones de que fuera objeto.

El médico dejó en paz en ojo izquierdo y repitió la operación con el ojo derecho. Después, la dejó tranquila. Vanesa quedó con los ojos abiertos aunque deslumbrada. Habituando poco a poco sus ojos a la realidad, fue dibujando la figura del médico que estaba junto a ella, vestido con una bata blanca. Al fin, pudo verle gracias a la luz tenue que iluminaba la estancia. La sorpresa la obligó a exclamar en voz baja:

—¡No puede ser, Jean Paul!

—¿Vas a denunciar a tu marido? —preguntó él.

—¿Qué haces aquí?

—Soy médico, así de simple.

Vanessa recordó que siempre que había despertado junto a él, le había dicho que no se preocupara, que ella estaba bien, ahora lo comprendía.

—Médico... no me lo habías dicho.

—Pues, ya lo sabes. ¿Qué más da que sea médico, abogado, ingeniero o piloto de aviones?... Soy simplemente un hombre que ha conocido tu

belleza.

—Jean Paul, te tengo miedo —confesó.

Con una sonrisa tranquilizadora él le dijo:

—Eso se pasará cuando me conozcas mejor.

—¿Quién eres en realidad?

—Un médico como ya sabes, un hombre que no está unido a ninguna otra mujer y que desearía pasar todo el tiempo junto a ti.

—Hay más, Jean Paul, hay más...

—¿Más? ¿Qué es lo que crees tú que es más?

—Siempre apareces en circunstancias especiales. Eres un desconocido que me da miedo.

—¿No será que te da miedo confesar que también me amas?...

Aguardó respuesta pero ella permaneció calla da, como rebelándose a delatar sus más íntimos sentimientos.

—Tu marido es quien debe preocuparte.

—Voy a divorciarme, no soporto más estar con él.

—¿Lo denunciarás?

—Será suficiente con que el parte médico de esta clínica me sirva para la demanda de divorcio.

—Es un sádico.

—Sí, ya lo sé. Me negaba a aceptarlo, creía que todo era un juego, un buscar diversiones para huir del aburrimiento, pero eso es sadismo. Me he sentido violada por él después de que me dejó como estoy.

—¿Te sentiste violada por mí?

—Es distinto, lo tuyo es seducción y me da miedo, tienes una personalidad muy poderosa y extraña.

—¿Y no te parecía extraño tu marido cuando acudías a esas orgías macabras por las noches?

—La verdad es que sí, por eso no quería acudir a ellas.

—Blackgold es un ser malvado y codicioso que utiliza a los enfermos de sadismo como tu marido.

—No le llames más mi marido, se llama André. Voy a divorciarme de él, ya te lo he dicho.

Asintió con la cabeza y prosiguió.

—Blackgold sabe muchas cosas de brujería y magia negra y blanca y lo utiliza todo según su conciencia. Sé que ha estado en templos ocultos de la India, Tailandia, Camboya. Sé que ha pegado los oídos a la boca de bonzos perjuros que le han contado cosas que no debían haber revelado jamás. Ha tenido acceso a prácticas mágicas y a libros secretos, a tablillas que le han descifrado. Conoce demasiado las debilidades de la mente humana y utiliza esos conocimientos en su propio beneficio. Ese hombre no repara ni en la profanación de tumbas, turbando la paz de los muertos, ni el derramamiento de sangre ni en conseguir la muerte de los vivos en su propio beneficio.

—Hablas de él como si lo conocieras mucho.

—Ahora ya lo conozco lo suficiente y sería bueno que desapareciera del mundo de los mortales.

—¿Hablas de matarlo?

—Ese hombre debe ser castigado.

—¿Vas a denunciarlo a la policía?

—¿Denunciarás tú a André?

—No. Yo solo quiero pruebas para mí demanda de divorcio, si he de hacer la denuncia la haré.

—Tú deja que el destino sea quien lo castigue. Quizás algunos espíritus le conduzcan hacia el destino que se merece.

—¿Algunos espíritus, crees tú en ellos?

—La mayoría de las religiones creen en espíritus buenos y malos. Algunas hablan de que los espíritus regresan al mundo de los vivos y otras no. Muchas creen en la reencarnación. Todo es muy complicado. Para un perro o un caballo, solo existen los colores blanco y negro con una gama de grises. Para ellos, el rojo, el azul, el amarillo o el verde, no existen, y tantos otros colores que se consiguen con la mezcla de estos. Pero, el que ellos no vean esos colores no significa que no existan, porque tú y yo los vemos.

—Con todo esto, ¿tratas de decirme que hay seres que ven cosas que otros no pueden ver?

—Sí, y los que no tienen esas facultades de ver, oír o captar cosas ignoradas por la gran mayoría, niegan que existan diferentes visiones o sensaciones.

—Pero, la ciencia puede comprobarlo todo y lo que no es comprobable, no es cierto.

Jean Paul sonrió antes de replicar con sencillez:

—Eso sería tanto como asegurar que ya hemos llegado al cénit de la ciencia. Si fuera así, no habría más científicos empeñados en descubrir nada nuevo. Hace cien años, muchos científicos creían que ya todo estaba descubierto. ¿Cuántas cosas que son de uso popular en este momento, hace cien años no hubieran llegado ni a imaginar los científicos más avanzados y progresistas?

—Explicado así... La verdad es que consigues confundirme y como todavía me dura el efecto de los sedantes...

Jean Paul pasó su mano por la frente femenina y luego le acarició las mejillas.

—Hay muchas cosas que todavía no puedes comprender y con el tiempo irás asimilando.

—¿Cómo qué?

—Si hay espíritus, puede haberlos buenos y puede haberlos malos, o no tienen que ser ni lo uno ni lo otro.

—Tratas de decirme algo de ti, ¿verdad?

—Hay espíritus más fuertes que otros.

—Jean Paul Labadia era el nombre de la tumba.

El seguía sonriendo apaciblemente, sin dejar de mirarla con sus profundos ojos oscuros. Le mostró su mano abierta y le pidió:

—Pon tu mano sobre la mía —ella obedeció y él la estrechó sin oprimirla demasiado—. ¿Me tienes miedo?

—No lo sé. Antes creía que sí, quizás dentro de un rato siga pensándolo.

—¿Quién ha hecho daño a tu cuerpo, André o yo?

—André —respondió Vanessa con cierto sentimiento de vergüenza.

—Y no lo hizo por vengarse, impulsado por un sentido estúpido de la justicia; te lo hizo porque así se excitó, ¿verdad?

—Sabes tantas cosas que sí me das miedo.

Vanessa trató de quitar su mano de entre los dedos de él, pero Jean Paul no la dejó.

—Soy un ser de carne y hueso, lo mismo que tú. Soy médico, estudié en la Sorbona y he hecho prácticas en Zúrich.

—Tú eres algo más, yo lo sé. El muerto que Blackgold quemó en su ataúd allá en el cementerio rugió de dolor, ¿no es cierto?

—Sí, es cierto, no fue un truco de Blackgold, rugió de dolor. Por unos instantes, mi espíritu astral despegó de este cuerpo que ves y se introdujo en el de aquella momia sacada de su tumba para ser escarnecida y quemada.

—¿Y luego?

—Fue un desplazamiento astral muy breve. Mi espíritu regresó al cuerpo y fue cuando comencé a disparar.

—Lo que me explicas es fantástico.

—No te he pedido que lo creas. Tú tienes dudas, haces preguntas y yo te respondo.

—Pero hay más verdad, hay más. Tú tienes el mismo nombre que el personaje momificado que fue sacado de su sepultura.

—Aquel ser te produce terror nada más mirarlo porque el tiempo ha pasado sobre él. Un día, hace muchos años, también fue un niño, un adolescente, después un hombre apuesto y más tarde, envejeció y murió. Siempre no fue tan horrible como tú lo viste.

—Es cierto, pero...

—La muerte causa terror, lo sé.

—Intuyo que aquel ser momificado tiene mucho que ver contigo, Jean Paul. Comprendo lo que me cuentas sobre el desplazamiento astral porque algo he leído sobre ello, no puedo razonarlo pero sé de qué me hablas. La ciencia dice que no, pero algunas personas han contado sus experiencias.

—Lo que tú quieres preguntar y te da miedo hacerlo, es si yo, en otra vida, hace siglos, fui aquel hombre que Blackgold sacó de su tumba.

—Sí.

La mirada de Vanessa no se desvió de los ojos del hombre.

Quería conocer la verdad aunque su mente se sentía fatigada, era como si se marease, como si se desvaneciera entre brumas.

—Yo fui aquel hombre, cierto, y me da miedo confesártelo porque puede que no llegues a entenderlo jamás, pero ahora soy el que estás viendo y he sido otros también.

—Entonces, eres un reencarnado...

—Sé que mi espíritu ha saltado de un cuerpo a otro. Mi espíritu no ha muerto y tampoco ha conseguido entrar en el paraíso de los espíritus ni se ha hundido en la negritud de la nada. Soy el hombre que ves, pero antes fui otros y no estoy seguro de que este cuerpo que estás tocando sea el último. Yo tengo memoria de cuanto le sucede a mí espíritu inmortal; otras personas no la tienen.

—¿Y yo también he sido antes otra persona?

—Lo ignoro, y tampoco sé si serás otra al morir el cuerpo que ahora tienes. Todo es un misterio y por ello te pido que vivamos juntos esta vida mortal que ahora tenemos. Te amo.

—Pero tú, tú fuiste un mago y me parece que ahora también lo eres...

—Cierto que aquel cuerpo que habité fue el de un mago, quizás porque mi espíritu atesora un cúmulo de experiencias y la sabiduría que no se consigue en una sola vida. Quizás por eso se me llamó mago y fui temido.

—Me cuesta comprenderte. Me parece estar viviendo una pesadilla, que no puedes ser tú el que está aquí.

—Solo puedo intentar una cosa para iluminar tu mente.

—¿El qué?

—Tratar de que lleves a cabo uno de esos viajes astrales.

—¿Y adónde iría?

—Eso no puedo decírtelo yo, serías tú misma quien guiara tu espíritu, pero corres un riesgo.

—¿Cuál?

—Que no consigas regresar luego a tu cuerpo.

—¿Y qué sucedería entonces?

—Que este cuerpo tan hermoso que tienes moriría aquí, en esta cama.

—¿Qué sería entonces de mi espíritu?

—Vagaría por los espacios hasta hallar otro cuerpo donde albergarse y vivir otra vida.

—¿Quieres decir que los que son como tú, que sabéis de vuestras anteriores reencarnaciones, un día, en un viaje astral, no regresasteis a tiempo?

—Quizás. Tampoco puedo asegurar que yo lo recuerde todo de mis vidas anteriores.

—Hablas vertiendo misterios en mis oídos que yo no acabo de comprender, pero estoy segura de que tú no quieres ningún daño para mí, todo lo contrario. Si es cierto todo lo que me dices, haz que mi espíritu salga de mi cuerpo. Quiero poder comprenderte mejor.

—¿Dispuesta a correr con todos los riesgos?

—Sí, pero no vuelvas a aparecerte nunca más como lo hiciste en la casa flotante.

Cerró los ojos y sintió en su mano la fuerza de Jean Paul. Fue como si vertieran morfina en todas sus venas, porque dejó de sentir su hermoso cuerpo.

CAPÍTULO X

Los coches fueron llegando a las cercanías del río donde se hallaba la casa flotante.

Luego, las sombras fueron acercándose a la casa y entrando en ella.

Blackgold les recibía a bordo y les hacía pasar a la sala donde podían tomar unas copas, siempre con los rostros protegidos por el antifaz negro.

La mayoría de ellos sabían quiénes eran unos y otros, pero cuando la luz disminuía, todos podían confundirse entre sí y si llegaba el caso, ninguno podría jurar ante un tribunal que había visto a tal o cual persona.

Mantener el anonimato ayudaba a prescindir de las inhibiciones y también se protegían de futuras acusaciones de la justicia.

—Hola, André —saludó Blackgold, reconociéndolo.

—¿Será algo especial esta noche?

—Mucho. Por cierto, ¿y tu bella esposa?

—Se ha encontrado mal y no ha podido venir.

—¿Qué le ocurre?

—Nada importante, dentro de unos días estará bien.

—Me alegro. Vanessa es una mujer singular, bella como ninguna. Si a ti te parece, algún día podríamos hacer invocaciones y conjuros a través de ella.

—Ah, me encantaría.

—Te advierto que debería ser con una libertad y entrega total, ya me entiendes.

—Por supuesto.

—Magnífico, ya hablaremos de Vanessa. Será muy interesante pensar en ella como una sacerdotisa de total entrega a nuestros rituales. Tengo preparadas unas invocaciones a Kelen, el diablo que preside la sexualidad y las orgías, y nadie mejor que Vanessa para ese ceremonial.

Se echó a reír abiertamente antes de que André dijera algo más.

Allí nadie les iba a impedir que esnifaran cocaína o mezclaran psicotrópicos con las bebidas.

Se cambiaron palabras, gestos, caricias, se hacía tiempo para la gran ceremonia.

Nadie preguntaba a nadie quién era. La luz era escasa y las bebidas y drogas comenzaban a surtir efecto, un efecto calculado por Blackgold, el gran maestro de ceremonias, espectacular con su sayo negro y su antifaz dorado.

—¿De dónde has sacado esta casa flotante, Blackgold? —le preguntó uno de los asistentes, alto ejecutivo de una financiera en su vida normal.

—Me la han ofrecido por un buen precio. Es idónea para la ceremonia

de esta noche.

Blackgold, como siempre, lo tenía todo perfectamente planeado.

Todos se desnudaron y procedieron a vestirse con los sayos rojos, cubiertos siempre sus rostros con los grandes antifaces negros.

—Vamos a la bodega. Allí se celebrará el ritual de esta noche.

La bodega era amplia.

La casa flotante no tenía motor alguno. Desde su nacimiento había sido siempre remolcada para amarrarla en un puerto u otro. No se desplazaba por sí misma, por ello su bodega era amplia y despejada.

Allí había butacas para que los asistentes pudieran tomar asiento, incluso tres pequeños sofás.

Frente a ellos, no muy lejos de la pared, emergía del piso un poste de un palmo de diámetro poco más o menos.

—¡Silencio, silencio! —pidió Blackgold hasta conseguirlo—. Esta noche vamos a tener el sacrificio voluntario de una virgen que estará aquí para complacer todos vuestros deseos.

—¡Que salga! —gritó alguien.

Aquella llamada pronto halló eco:

—¡Que salga, que salga!

—¡Silencio! —exigió Blackgold con voz de trueno.

Aspiró mucho aire, como si necesitara llenar sus pulmones al máximo. Su rostro enrojeció ligeramente a la luz de las velas que iluminaban la bodega.

Allí nadie podía verles ni oírles; actuaban con total y absoluta impunidad en la que parecía una más de sus orgías macabras.

—Lorenaaaa, Lorenaaaa, ¿me oyes?

—Sí —respondió una voz que semejaba muy lejana.

Se abrió una puerta al fondo que debía corresponder al interior del casco, por el lado de proa.

Lorena apareció vestida con un sencillísimo sayo de color canela claro y la cabeza totalmente descubierta. Estaba muy pálida y a la luz fantasmagórica de las velas aún lo parecía más.

Su mirada carecía de fijeza, pero su mente estaba muy despierta, una mente que los allí reunidos no podían captar.

”—Lorena, ¿qué haces aquí? —preguntó de pronto una voz femenina.

”—Vanessa, ¿dónde estás? No te veo...

”—Mi espíritu está contigo, dentro de ti.

”—¿Dentro de mí? No es posible—. ¿Qué me sucede, Vanessa, qué me sucede?

”—No lo sé.

”—Blackgold me llama y mi cuerpo le obedece a él y no a mí. ¿Por qué?

”—No lo sé. Estás bajo su influjo y es un mago malvado.

”—Tengo que obedecerle, Vanessa. Ayúdame a escapar, ayúdame a ser

yo misma, ayúdame, te lo suplico, tengo mucho miedo...

”—Estoy dentro de ti, pero tu cuerpo no te obedece, Lorena, no te obedece.

Aquel diálogo de pensamientos dentro de la propia cabeza de Lorena no podía ser captado por nadie.

Blackgold se acercó a la muchacha de cortos cabellos castaños destinada al sacrificio. La cogió de la mano como si se dispusiera a iniciar un vals con ella y la condujo hasta el poste colocándola de espaldas al mismo.

Después, tomó una cuerda y procedió a atarla de manos, pies y cintura para que no pudiera escapar del poste de los sacrificios ante la mirada ansiosa y expectante de los sádicos concurrentes a aquella orgía que se preveía sangrienta.

Los ojos de André eran los más fijos en Lorena. Todos, de una manera u otra, se habían intoxicado con drogas, incluido el euforizante alcohol.

—El sacrificio de esta joven virgen os hará a todos más fuertes, más amantes de la vida vibrante. Ella está dispuesta a sacrificarse generosamente por vosotros.

Blackgold abrió una arqueta dentro de la cual guardaba los objetos para la ceremonia. Allí había copas de metal que relucían como si fueran de oro.

Blackgold señaló a una de las mujeres participantes y le ordenó:

—Reparte las copas, que haya para todos.

Las copas doradas se fueron distribuyendo entre los asistentes.

Blackgold se reservó para sí un gran copón que más parecía un jarro.

Lo paseó por delante del rostro de la víctima destinada al sacrificio e hizo invocaciones guturales que nadie comprendía.

En su mano apareció una aguja hipodérmica de caño grueso a la que iba prendido un tubito de plástico.

Palpó el cuello de Lorena buscando las venas carótidas y pinchó sin vacilar.

El rostro femenino no mostró el menor gesto de dolor, estaba completamente insensibilizada.

La sangre fluyó rápida por el tubito y el siniestro Blackgold, brillantes sus ojos de satisfacción, comenzó a recoger aquella sangre joven en el copón.

”—Vanessa, me están desangrando... ¡Ayúdame!

”—¡No puedo! ¡Tu cuerpo no te obedece a ti ni a mí!

”—Me desangrarán en esta orgía satánica...

”—Lorena, haz un esfuerzo por controlar tu cuerpo, te lo suplico... Yo estoy contigo, dentro de ti... Detén la salida de tu sangre, puedes hacerlo...

”—No puedo, Vanessa, no puedo. Mi cuerpo se debilita... Quiero descansar, no me importa morir.

El pensamiento de Lorena era ya lento, sin rebeldía, se sometía a su trágico destino.

Blackgold sonreía mientras la enorme copa se llenaba de sangre y todos aguardaban con sus respectivas copas a que se les proporcionara parte de aquella sangre.

En la impunidad en que se hallaban, no les importaba cometer cualquier aberración. ¿Cuántas y cuántas veces, a lo largo de la historia de la humanidad se habrían celebrado rituales semejantes? Demasiadas, demasiadas veces.

”—Haz un esfuerzo, Lorena, te lo suplico —gemía el espíritu de Vanessa, también atrapado dentro de aquel cuerpo.

”—Déjame morir, Vanessa, déjame. Te traicioné, yo creí en ellos y me han convertido en su víctima. Nadie me tiende una mano, todos esperan beber mi sangre. Mira, mira sus ojos relucientes detrás de los antifaces...

”—¡Hazlo tú o lo haré yo por ti! —gritó Vanessa.

Blackgold miró los ojos semicerrados de Lorena, la cabeza todavía erguida, pero por el tubito dejó de fluir sangre.

—Vaya, se terminó la fuente de la vida.

Blackgold apartó el copón. Tomó una botella con forma de ánfora de aspecto muy antiguo. Rompió su tapón de arcilla y escanció parte de su contenido dentro del copón que luego agitó con una varilla de plata.

Levantó el copón y como sumo sacerdote del ritual, lo mostró a todos los allí reunidos.

—Aquí está la bebida de la vida, la bebida que os hará sentir más feroces en el amor. Pasad delante de mi uno por uno con vuestra copa que repartiremos el néctar de la vida. Jamás volveréis a beber nada semejante.

Se dispusieron a desfilar frente a Blackgold y este fue escanciando la mezcla de sangre y extraña bebida en las distintas copas, regresando luego a su puesto cada uno de los participantes en la sangrienta comunión satánica.

—Esperad, el momento de la bebida es especial. Ahora, miradla, ella no sufre, no sufráis tampoco vosotros. Ella se entrega a todos.

Del arca donde guardaba toda su parafernalia de ritual, sacó una espada de brillante y afilada hoja.

Se enfrentó a Lorena mientras gritaba palabras guturales que nadie entendía, pero que todos creían debían tener poderes invocatorios.

Hundió la espada primero en el muslo derecho de Lorena. El rostro femenino no mostró el menor gesto de dolor. Repitió la operación en el muslo izquierdo y después, le atravesó los brazos.

—Lo habéis visto todos. Ella está totalmente ofertada a este sacrificio cruento en bien de los mejores, de los más audaces en la vida, en bien de los que conseguirán los más ambiciosos y codiciosos logros. Ahora bebed, que ella os lo pide, os lo suplica —repetía con su voz grave, más grave aún cuando celebraba uno de sus ceremoniales macabros.

”—Lorena, resiste, resiste —suplicaba Vanessa dándose cuenta de que no podía abandonar el cuerpo de su amiga, y que si este moría, ya no podría

regresar a su propio cuerpo y sería la muerte de las dos.

”—Vanessa, déjame morir, déjame, no siento dolor, solo quiero descansar para siempre.

”—No en esta forma, Lorena, no...

Todos bebieron la sangre de Lorena y luego rugieron arrojando sus copas.

Blackgold estaba eufórico, se percataba del éxito del ceremonial y se sentía el creador de una nueva religión satánica que gente influyente del país seguiría ciegamente.

—Y para que ya nadie pueda ser como vosotros...

Blackgold tomó una pequeña ánfora con líquido oleoso y lo vertió por encima de la cabeza de Lorena, empapándole las ropas, los cortos cabellos y todo el cuerpo ya sacrificado.

”—Lorena, Lorena, no sucumbas, no sucumbas. Sal de tu cuerpo, abandónalo antes de que llegue su muerte. ¡Abandónalo, abandónalo conmigo!

”—No puedo, no puedo —repetía Lorena con voz cada vez más queda, casi inaudible.

Blackgold encendió un fósforo y luego dijo a los allí reunidos:

—Cuando comience a arder, id desfilando hacia la salida. Abandonad la casa flotante y esta se deslizará por el río convirtiéndose en una pira flotante de la que no quedarán restos cuando después de ser consumida por el fuego sus cenizas se hundan en el cieno del río.

Prendió fuego al cuerpo de la joven y este avanzó con rapidez. Por encima de la cabeza femenina ascendió un penacho de humo negro que se esparció por el techo de la bodega.

”—¡Dios mío, Dios mío! —gritó Vanessa—. ¡Estoy ardiendo, estoy ardiendo!

Por su parte, Lorena ya nada decía. Abandonaba su cuerpo a la muerte y Vanessa se daba cuenta de que si continuaba dentro de aquel cuerpo, su propio cuerpo moriría en el hospital. Por ello, asustada, aterrorizada, gritó:

”—¡Jean Paul, Jean Paul, ayúdame, sácame de aquí, sácame de aquí!

El fuego envolvía el cuerpo de Lorena y Vanessa se sentía abrasar como si Lorena ya le hubiera cedido su sitio y ahora aquel cuerpo fuera completamente suyo.

—¡La puerta no se abre! —gritó alguien, y comenzaron a oírse toses.

Una de las mujeres chilló:

—¡Abrid la puerta o nos abrasaremos!

Blackgold se abrió paso a codazos entre sus prosélitos para ver si podía abrir la puerta, pero esta se había bloqueado y la casa flotante comenzaba a separarse lentamente de la orilla. Las amarras se soltaban del embarcadero y caían blandamente a las aguas.

”—¡Jean Paul, Jean Paul, ayúdame! —seguía gritando el espíritu astral de Vanessa que se veía incapaz de abandonar el cuerpo envuelto en llamas

de la torturada Lorena.

A través de las llamas, como si viera por los ojos de Lorena, Vanessa veía a todos precipitarse inútilmente contra la puerta que había quedado totalmente atascada y que eran incapaces de abrir mientras el fuego se extendía desde la víctima sacrificada al resto de la bodega de la casa flotante.

"—¡Jean Paul, Jean Paul, ayúdame! —gemía Vanessa con menos fuerza, como si se consumiera como se había consumido antes Lorena.

Bruscamente, las llamas desaparecieron y dejó de sentir el abrasador calor. Su mano estaba extendida y dentro de las manos de Jean Paul.

—Ya estás de nuevo aquí. No sé adónde has ido, pero en mi mente veo la casa flotante que se desliza por el cauce del río envuelta en llamas. Oigo gritos de rabia y de súplica que se van apagando y pronto dejarán de oírse. El fuego acabará con la casa de madera, se hundirá en las aguas y mañana, nadie encontrará nada.

—¿Y Lorena?

—Ha muerto. Ella no es culpable de lo que le ha sucedido. Deseémosle suerte a su espíritu.

—¿Y yo?

—Puedes vivir la vida que prefieras, pero a mí me gustaría que tu vida discurriera plácidamente junto a la mía. Ahora nos comprendemos mejor, sabes más cosas que antes ni siquiera habías llegado a plantearte.

Vanessa se incorporó en la cama. Se sentó en ella, volcó su cuerpo hacia delante y se abrazó al hombre.

—Sí, quiero vivir contigo. Llévame, llévame.

Jean Paul la tomó en sus brazos como si la mujer careciera de peso y así, con actitud protectora y posesiva a la vez, la sacó de la habitación y luego de la clínica.

La noche era intensa y el mundo, muy grande.

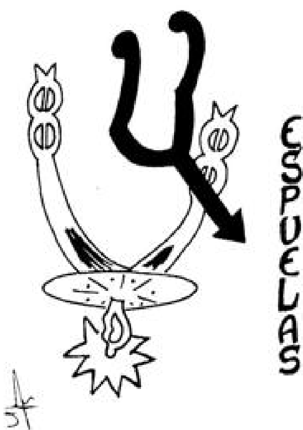
Las luces de señalización del coche se perdieron a lo lejos. Nadie iría tras ellos.

FIN


SALOON


Pistoleros


NUESTRAS COLECCIONES


ESPUELAS


escalofríos de
TERROR



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE. RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P. 90 Ptas.